

# *BLASÓN DE PLATA*

SEGUNDA EDICIÓN



Primera edición: 11 - VIII - 1941

Segunda edición: 8 - II - 1946



Rojas y Argüelles más tiempo con ellos, se inscribió en la "Biblioteca Contemporánea", por el elogio unánime que ha merecido de la crítica y por la atención que siempre le ha dispensado el público.

BLASÓN DE PLATA es una respuesta a aquella pregunta formulada por Sarmiento en 1883, y no contestada entonces por quien la formulaba: "¿Argentinos? Desde cuándo y hasta dónde, bueno es darse cuenta de ello". Por eso Rojas subtítulo su libro: "Evocaciones y meditaciones sobre el abolengo del pueblo argentino".

BLASÓN DE PLATA se agrupa con *La restauración nacionalista*, *Argentinidad* y *Eurindia*, en un solo ciclo de doctrina que su autor llama "filosofía de la nacionalidad". A pesar de los treinta años transcurridos desde el Centenario, este libro continúa siendo de una punzante actualidad en la Argentina y de un férvido interés para toda América.

*Argentinos: - hermanos míos en el misterio maternal de la patria - leed este libro, porque sus páginas pretenden esclarecer, como en un mito heráldico, el nombre augural de nuestra tierra, de nuestra raza, de nuestra civilización.*

*Tienen las patrias su abolengo como las casas.*

*Conocerlo y amarlo, aun cuando fuera humilde, es ya un principio de grandeza, puesto que es, por sí solo, un principio de conciencia y de fuerza. No empece al heroísmo esa humildad del origen, ni en los próceres, ni en los pueblos. No fue más esclarecido que el nuestro el de la Grecia que la Ilíada pinta, ni el de la Roma que la Eneida canta, ni el de la España que el Romancero describe. Se esclareció después, cuando sus libros lo evocaron.*

*Americanos: - hermanos nuestros por el pasado, por el idioma, por el ideal - leed también este libro, porque formáis con nosotros falange solidaria en el anhelo continental que las inspira.*

*De nuestras tierras indianas ha salido este libro, como salió la raza de la emancipación; de nuestras tierras ha salido su nombre de "plata" - símbolo de pureza, de abundancia y de paz - como el pueblo "argentino", cuyo abolengo documenta, y blasona, aquí, en las riberas del río epónimo donde lo escribí.*

*Espanoles: - hermanos nuestros en el común orgullo de la hazaña ancestral - leed también este libro, porque la proeza del conquistador que en él se evoca fulge como su león y su castillo, en el cuartel de bronce de vuestros propios blasones.*

*Libro de amor, de poesía, de misterio, de revelación y de esperanza - libro sin dogma ni retórica -, buscó mi pluma realizar*

*su espíritu, - tal el de un dios sobre su caos - sobre eso que el llamo “conflictos y armonías de las razas en América” - cuando lanzó la inquietante pregunta poco antes de morir.*

*“¿Argentinos? - Desde cuándo y hasta dónde; bueno es darse cuenta de ello” Casi un cuarto de siglo va corrido desde que el maestro lanzó la formidable Interrogación, sin que ningún argentino se adelantase para contestarla. Este libro aspira a ser esa respuesta que tardaba en llegar; y no culpéis de arrogante mi propósito, justificado como está por el patriotismo, y por veinticinco años de silencio anterior.*

*Obra espontánea como forma y libre como pensamiento, sin clasificación científica ni género literario - bien que alguien la ha clasificado como una “epopeya” -, **siéntola mía porque no seguí al trazarla modelos europeos, y se formó en mi propia entraña, toda viviente de emoción y de fe.***

*N o sé si es éste un libro de moral, o de historia, o de política, aunque en tales materias lo discipliné, y a ellas pedí su documentación, por cierto escrupulosa. De ellas habrá menester, igualmente, el lector que desee aquilatarlo en todo el alcance de sus alusiones y de las verídicas anécdotas que refiere, Yo, por mi parte, sólo sé que llegué a su concepción, menos en la frecuencia de otros libros, que en la contemplación y meditación de los propios paisajes natales y de los rasgos autóctonos que las tierras nuevas imprimen, en los seres que crean, Me han servido de fuentes los cronistas contemporáneos, o actores de los sucesos que narro: esto y mis obras anteriores garantizan de sobra mi probidad, pues he querido, por elegancia, prescindir de las notas marginales que <sup>entornecen el texto.</sup> Por otra parte, no he buscado componer una*

*como salio de entre mis manos el libro, lo entrego a vuestra benevolencia, lector. Es la obra de un hombre apasionado por el destino de su raza. Es la obra de un poeta inquietado por el misterio de las cosas. Es, acaso, la obra de un místico que confiesa su fe en las ideas y en el oscuro influjo del alma sobre las formas de la vida... He aquí por qué este libro es también Un sacrificio y una confesión...*

Ricardo Rojas

uno de los sucesos de la historia en que la realidad y la leyenda trábense en inseparable poema. Objetivaciones quiméricas de la esperanza generaron la acción, y entre los episodios de la proeza realizada, nuevas quimeras a su vez surgieron en la fantasía de los paladines, para alentar la esperanza:

Desde la ribera de las primeras islas que Colón ocupara, hasta las últimas reducciones indígenas en las zonas recónditas de América, un hálito de superior misterio religioso embellece el camino de los conquistadores, auspiciando unas veces el destino de los pueblos que ellos fundaban, o señalando en otras, con su preclara excelsitud, la singular grandeza de semejante aventura.

Vencido el océano maravilloso por las tres carabelas del almirante, quedaba aún, para quienes después siguiesen el camino que se llamó en su tiempo la ruta de los Pinzones, abierto un vasto mundo desconocido, en cuyo ámbito, misterioso como el ya transpuesto océano hallarían realidad transitoria las fabulosas comarcas descritas por los cosmógrafos antiguos, y tendría su asiento la fantástica fauna que imaginaron poemas y teogonías.

Al realizarse la conquista, el espíritu de Europa llegaba a la cima de aquella exaltación que comenzara con el Milenario y las Cruzadas. El bélico trasplante había puesto en comunicación el alma soñadora de las huestes del Norte con la sensual mitología de los pueblos del Sur, y fecundándose ambas en el contacto recíproco. La cristiandad de Occidente, agolpada de pronto en los umbrales del Asia, había

Constantinopla o de la India, relataba sus aventuras, acicateando fantasías y voluntades en un fácil mentir de las estrellas. Tan formidable raudal de ensueño corrió fertilizando la sazonada tierra de la caballería y de la mística, condición generosa de aquellas sociedades; y al pasar a las Indias recién descubiertas, no hubo ficción antigua que aquí no apareciese probable, ni patraña nueva que resultase imposible a la mente exaltada del paladín.

La superstición popular que prestaba la más raras encarnaciones al diablo y poblaba su torvo sueño de cópulas nefandas y licantropías; la tolerancia inquisitorial, que sin poner reparo en lascivia s y gentilidades, había dejado cundir los libros de caballería entre el vulgo; los anacronismos de que estaba plagada la historia y que actualizaban los personajes más arcaicos, como las vestiduras modernas en los cuadros de los primitivos; y, por fin, la deforme cartografía de un continente mal explorado: todo ello hizo posible las raciones absurdas que alternan con el episodio verídico, en las páginas de los cronistas coloniales. No sé que descubrieran estos, cosa tan espantable como el pájaro Rock, que Johan de Mandeville vió en los dominios del Preste Juan, según nos lo refiere su "libro de las maravillas del mundo". Tampoco sé que hallaran cosa tan singular como la estatua de sal de la mujer de Lot, quien se hincha cuando crece la luna, según la viera cerca del Mar Muerto el infante don Pedro de Portugal, "cuando anduvo las cuatro partidas del mundo". En cambio, otros seres que la imaginación de los pueblos o de los poetas había fingido en Europa, surgieron



unicornios y monstruos netandos que han dramatizado romances y hagiografías. Así todos los mitos caballerescos y religiosos del viejo mundo cobraron imprevista vitalidad en el nuevo. Insulas improbables, antes holladas sólo por Cífares y Palmerines, se hicieron reales entonces bajo la planta de Gonzalos y Hernandos.

Los tres reinos de los libros legendarios dieron aquí su flor tangible en el oro de las minas en cantadas, en las hierbas que ofrecían un sueño dulcísimo; y en la piedra bezoar, cuyas virtudes describiera Monardes y Carlos V aprovechara. Bien cabía todo ello en el vasto continente que se había alzado, más allá de la sumergida Atlántida y de la Thule nebulosa'; para justificar el diálogo griego del Timeo, o el verso latino de la Medea:

*Nec sit terrios ultima Thule.*

Ophires y Dorados harían resplandecer su promesa falaz en el brillo de las tardes tropicales o en el reflejo de los densos légamos, bajo tórridas frondas; promesa casi siempre desvanecida ante el sueño obstinado del Conquistador, y sólo alguna vez rendida en premio por los tesoros solares del Cuzco o por la pompa de oro de los Quimbayas. Pactolos y Juvencias; mojarían sus arenas auríferas y sus selvas floridas, ofreciendo fortuna y salud a esas dos únicas fatalidades del hombre que son la inopia y la vejez. y entre el esplendor de tales mitos geográficos que embellecen con su leyenda la realidad del poema indiano, la hueste de Castilla vio pasar nuestro Río de la

Plata, cuyas ondas turbias de limo anticipaban en su color

recundaron su pampa o ritmaron su historia y, desde la génesis al destino, todo fue presidido por el auspicio de la generosa quimera fluvial.

## II - Mitos y Quimeras

El encanto de la leyenda originaria se ha desvanecido para el propio pueblo que recibió de ella su nombre. Restaurar nuestro blasón de plata, con el testimonio de los viejos cronistas, en el instante en que ese pueblo afirma su conciencia colectiva e interroga su porvenir, es obra de verdadero indianismo, ya que tuvo la suerte de reunir cuna, bautismo y augurio en cosa tan estable como este accidente de su propio territorio.

Otros mitos geográficos de América han conservado para nosotros el prestigio de los siglos iniciales: así el Valle de Jauja, o la ciudad de los Césares, o el imperio de las Amazonas. El primero rueda en proverbios; la segunda no fue encontrada jamás, y el último, tras de infructuosas expediciones, dejó su nombre a un río. Acaso la distancia o la naturaleza exuberante, o el no haber sido esas comarcas centro de nuevas civilizaciones, o el misterio que las envolviera, por quiméricas a unas y a otras por antiguas, han contribuido a mantener el primitivo encanto de

después de recibir el tributo del Parcos, del Blicas, del Abancay, del Apurimac, del Jucay, llegaba a nuestro mar, “donde andaban cristianos españoles”. Jauja, que sus ondas regaban, era un valle fertilísimo, que guardaba el recuerdo de esplendores pasados.

Los huancas que lo habitaban procedían de una estirpe sobrenatural, engendrada por dioses en la fuente divina de Guaribilca. Hubo junto a ella uno de los más suntuosos templos del Sol, casa de las vírgenes, aposentos del rey, despensas de la corte, molles sagrados, aras del sacrificio, ocho mil indios al servicio del templo y de los palacios señoriales, artífices que labraban en oro y plata los vasos sacerdotales y la vajilla del Inca. Los huancas ancianos recordaban por tradición que, en épocas aún más remotas, las tribus del Jauja vieron decaer sus demonios familiares y aparecer en lo alto cinco soles radiantes, a cuya vista los demonios huyeron, dando alaridos, y abandonaron para siempre su valle ...

Tales fueron, por algún tiempo en la historia, las fuentes fabulosas del río donde ha tomado nuestra estirpe su nombre. Cieza de León escribía hacia la mitad del siglo XVI. Varios lustros contaban desde que, por el lado del Atlántico, Iralas y Gabotos comenzaron su exploración. Más tarde esta leyenda dejaría de orientar paladines, y las noticias se harían, lejos de su sede, algo menos confusas. Entre los que habían militado por el lado del Pacífico, Vargas Machuca vecino del Nuevo Reino de Granada, escribía en Madrid al concluir el mismo siglo:

“Los ríos más grandes de aquella parte de las Indias son cuatro, y mencionaba el Amazonas, el Magdalena, el Marañón y el río de la Plata” y a este último le describía diciendo: “Nace en

La fama de aquel río que hacia remontar su corriente en busca de tesoros interiores, debía llegar magnificada, no sólo a España, sino a las otras comarcas del continente. El “Paraná-guazú de los indígenas”, “el río Grande como mar” tomó nombre de “Dulce” a la llegada de Solís. “El Mar de la traición” llamaronle algunos más tarde, en memoria del arriesgado piloto, que, buscando un camino para el mar de Balboa, pereciera en sus costas a manos de los charrúas. Río de la Plata llamaronle después por los discos labrados de ese metal que Gaboto recibiera de los indígenas, corriente arriba del Paraná. Entonces comenzó sin duda la alucinante leyenda, estimulada por los informes de los indios y la fantasía de los conquistadores, propensa a la sazón, como se ha visto, a todo género de desvaríos; hasta que el río dulce de Solís, que era uno entonces con el Paraná y alguno de sus afluentes, llegó a transfigurarse en un verdadero mito fluvial.

La Historia de las Indias de Gómara, publicada en Zaragoza el año 1552, descríbele tal como debían concebirle los españoles que traqueaban tierra de América hacia los rumbos de la Nueva España o el Yucatán. No importa que su testimonio sea en este punto deleznable para la historia, porque confunde fechas y descubrimientos, pues tal cosa no invalida esa página como versión de una fabulosa noticia. Hablábase de formidables querandíes antropófagos, habitantes de sus costas, longevos que vivían ciento cincuenta años, ágiles jayanes que vencían a los venados asiéndolos por los cuernos. Pronto se convirtieron aquéllos en verdaderos gigantes, como éstos de los cuentos maravillosos. El mismo Ruy Díaz de Guzmán, que vivió en el

Río de la Plata relataba pocos lustros después de los sucesos que

del Perú, pero que relatados por los indios del interior a los soldados que se arriesgaban aguas arriba o continente adentro, iban a España y volvían a los varios núcleos de la conquista por diversos caminos. Afirmaba Gómara que las aguas del Plata crecían como las del Nilo, y estaban regidas por un común movimiento. Asegurábase, en fin, de peces-puerco que vivían en su cauce, y de peces-hombre, iguales en un todo a la figura humana; quizá tritones y sirenas que los soldados de Sancti-Spiritu habían visto en las noches de luna sobre el curvado, movimiento de la onda mórbida y plateada.

La mágica leyenda debió desvanecerse al paso de los exploradores, pero el mito geográfico del Plata había cumplido su destino. Navegantes y conquistadores, atraídos por él, dejaban pueblos fundados y comarcas reconocidas, para servir de base a nuestra civilización.

La plata no existía; pero el trigo sembrado por Gaboto demostraba la probabilidad de crear, a cambio del metal quimérico, por el grano dorado de la espiga, riquezas nuevas en la pampa feraz. Nadie volvió a ver en sus márgenes ni perlas, ni gigantes, ni sirenas; pero Buenos Aires quedaba fundada. Del propio nombre del Plata se habla derivado ya el nombre que designaría la tierra inmediata y el pueblo futuro que la habitare. Barco Centenera iba a unir por la primera vez, en los versos precarios de su poema, las palabras “Río Argentino”, “Reino Argentino”, “Gobierno Argentino”... Perdonemosle sus deplorables octavas al único poeta que la hora militar podía permitirnos, ya que su musa adivinó y cantó, entre el tumulto de las armas, el influjo caracterizante el nombre de nuestra tierra

cuenca geográfica de sus ríos tributarios, sino a zonas lejanas e interiores de la colonia española, que en nuestro suelo floreció. Platina, o argentina, fue la cercana tierra del Uruguay, desde la opuesta orilla hasta la linde litigiosa de la colonia portuguesa. Argentinos fueron el Chaco, el Paraguay y las Misiones, por el régimen de sus aguas y el origen fluvial de su conquista. Argentinos fueron el Alto Perú y el Tucumán, si no por el Bermejo, el Carcarañá o el Salado, que desde allá descendían, al menos por el camino que la hueste de D. Diego de Roxas abrió hacia el Atlántico, derivándolas de las zonas incaicas que eran su núcleo tradicional. Argentino llegó a ser el país de Cuyo, no obstante el origen chileno de sus fundaciones, por demanda de sus propios habitantes, los cuales, al crearse nuestro virreinato, invocaron razones geográficas para entrar en la nueva jurisdicción. Argentina ha llegado, por fin, a ser la Patagonia, incorporada, casi en nuestros días, a los núcleos antiguos y perdurables de nuestra civilización nacional. La agrupación de esas diversas regiones en la unidad de un nombre y de un gobierno, apareció definitivamente formada al crearse el virreinato del Plata. A pesar de ulteriores segregaciones o vacilaciones regionales, tal ha sido la base de nuestra conciencia territorial

No fueron las comarcas ribereñas las que se mantuvieron más fieles al nombre “argentino” tomado de las aguas que las humedecían. Proceso laborioso han seguido, a través de los cuatrocientos años de nuestra historia, la conciencia del nombre originario en los pueblos que constituyen nuestra república. Las

que fiel al recuerdo de los rios natales, siguio llamandose "Argentina". Pero la temeraria veleidad tuvo efímera suerte, y los pueblos volvieron a integrar la unidad, ante la invocación de la palabra. talismánica. En el seno de esa conciencia "argentina", generada por nuestro propio territorio, habíamos visto disolverse también la "República Cisplatina" de Ramírez, y la "República Tucumana" de Aráoz, durante los sangrientos desvaríos de la contienda federal...

Por yo no sé qué misteriosa tradición, son las comarcas mediterráneas de nuestras dos provincias de Córdoba y Santiago las que, desde los albores del siglo XVI hasta nuestros días, han constituido el núcleo más firme de la tradición "argentina", y mantenido, a pesar de las vicisitudes de la historia, la continuidad no interrumpida de nuestro nombre fluvial. Entraña de la patria, ellas conservaron el núcleo de conciencia territorial en el espacio, y la unidad de conciencia histórica a través de los tiempos. Ellas no fueron chilenas en su origen, como Mendoza, La Rioja, San Juan y San Luis; ellas no sintieron la tentación de la autonomía, como Buenos Aires, Entre Ríos y Tucumán; ellas no abandonaron el hogar primitivo, como Bolivia, Paraguay y Uruguay; ellas fueron desde los orígenes coloniales teatro de una ocupación efectiva y centro de expansiones militares o espirituales de españoles, y no una dependencia quimérica del Plata, como lo fué la Patagonia hasta la conquista del desierto -todo ello destino accidentado que tocó en suerte a nuestras regiones fronterizas o litorales, hasta llegar a la definitiva constitución de

acción militar realizada por Castelli en el Alto Perú, por Belgrano en el Paraguay y por Rondeau en Montevideo, comprometieron la unidad "argentina" del virreinato. Complicado el problema teórico de la revolución por el estado anormal de España, fluctuante entre la doble autoridad del rey depuesto y de la Junta de Cádiz, la situación revolucionaria del Plata, que fluctuaba también entre el virrey destituido y la Junta de Buenos Aires, no se acertó a despertar en cada una de aquellas provincias el verdadero sentido de la emancipación "indiana" y de la solidaridad argentina. Al grito de "¡Viva la libertad!" que acababa de resonar en Buenos Aires contestó como un eco inverso el "¡Mueran los porteños!" que prorrumpió en la Asunción la pública alarma ante la actitud amenazadora de Belgrano; en el Alto Perú la población azorada ante la conducta demagógica de Castelli; y en Montevideo el viejo recelo de vecindad, transformado de pronto en anhelo de independencia por el espíritu localista de Artigas, que alzó bandera propia entre la deserción porteña de Rondeau, ordenada por la Junta de mayo, y la invasión portuguesa de Souza, desesperadamente solicitada por Elío. Así perdimos a Montevideo, a la Asunción, a Charcas, a Potosí, a Cochabamba, a Santa Cruz, a Tarija, a La Paz y años más tarde, la guerra con el Brasil en teatro uruguayo, la creación de la nueva República de Bolivia y la alianza contra el Paraguay, consagraron ante América la dolorosa segregación ...

Fue sueño de Rosas, y también de Sarmiento, reconstituir el virreinato que las guerras de la emancipación así desmembraron. La reconstrucción soñada no hubiera podido realizarse en esa época anarquizada, entonces, sin prestigio y pobre, nuestro



a nuestras sociedades de Jujuy y de Salta; ha de traer a Paraguay hacia Buenos Aires por el mismo Paraná que remontaron los conquistadores; ha de traer a Uruguay hacia la Argentina, en salvaguardia de su propia soberanía y de la integridad de las aguas comunes; y las cuatro repúblicas han de reconstituir esta parte de América, la "Confederación del Plata", la unidad territorial y civil que otros siglos vieron en la cuenca de nuestro río legendario.

#### IV - Cuyo a la Argentina

La base territorial del pueblo argentino fue formándose, según se ha visto, por la agregación de nuevas comarcas mediterráneas al primitivo núcleo fluvial. Una de las postreras en incorporarse al Plata fue la de Cuyo, pues la región andina, señoreada por las ciudades de Mendoza, San Juan, perteneció en sus orígenes al reino de Chile, bien que éste como Buenos Aires, estuviese sometido a las autoridades del Perú Rescriptos de Felipe III, al organizar en 1609 la audiencia y chancillería real de Santiago dábale por jurisdicción "así lo que ahora esta y poblado, como lo que se redujere, poblar y pacificare dentro y fuera del estrecho de Magallanes y la tierra adentro, hasta la Provincia de Cuyo inclusive"

Dicha ley, que Felipe IV ratificara no era sino la consagración imperial de un hecho ya consumado por las armas. Don Pedro de

ciudades en Arauco vencido, enviaba capitanes suyos a conquistar la otra vertiente andina, llegando algunos, como Juan Pedro de Zurita, fundador de Londres, hasta el lejano Tucumán, donde Francisco de Aguirre, venido también de Chile, fundó a Santiago del Estero, hoy la más vieja de las ciudades argentinas, Soldados que más tarde poblaron a San Juan y a San Luis, todos vinieron del Pacífico; y por eso llamábase al país de Cuyo el "Chile Tramontano" u oriental. Las encomiendas de los indios y la población mestiza llevaban los mismos apellidos españoles en una y otra falda de los Andes. A mediados del siglo XVIII la jurisdicción oriental del reino de Chile se extendía en tierra argentina, doscientas leguas sobre los valles que descienden al Plata, siendo sus límites imprecisos el Tucumán hacia el Norte y al Sur los Andes Patagónicos hasta las aguas del estrecho.

Pero he aquí que al comenzar el siglo XVIII surgió una rivalidad imprevista entre los pueblos cuyanos y chilenos, a pesar de los comunes orígenes. La acción conjunta de los conquistadores, que fué necesidad estratégica del primer siglo en ambos lados de los Andes, había traído, con el sojuzgamiento de la tierra indígena y su habitante, encomiendas de indios, cultivo de viñas o explotación de metales, cuyo régimen económico fue distinto, según prefiriese, en el intercambio de sus productos, la senda mulera de los Andes a Valparaíso o el camino carretero de las Pampas al Plata. Mendoza, capital inmediata de Cuyo, prefirió lo segundo. Su cabildo, justicia y regimiento presentaron a Su Majestad, en 1709, un memorial extenso, donde solicitaban que se les separase, del reino de Chile y se les agregase a la

jurisdicción argentina del Tucumán. Arroján los cuyanos en s<sup>11</sup>

Chile con todo genero de pitanzas y favores.

Como tales cargos no iban acompañados de comprobaciones, el rey solicitó por diversas cédulas el dictamen del señor obispo de Santiago, el de la Audiencia de Charcas y posteriormente el de D. Manuel Amat virrey de Lima en 1775. Llegábamos ya a las postrimerías del siglo, y para remediar la administración de tan extenso virreinato, como fue el primitivo del Perú, hablábase de crear otro nuevo, cuya sede estaría en el Plata. La cuenca del gran río iba a imponerle nombre, capital, jurisdicción y régimen a la nueva división que crearon en las Indias los monarcas de España y aunque la nueva autoridad implicaba una disminución de la suya, el virrey Amat aconsejó al rey que pasaran al Plata, no sólo la provincia de Cuyo, "sino todo el reino de Chile".

Anticipábase quizá el virrey a un hecho que si no era factible entonces, habrá de realizarse en lo futuro, o comienza ya a realizarse. La creciente influencia económica y moral del Plata, así como las conveniencias morales y económicas de Chile, terminarán por traerle hacia el Atlántico, que es el océano de la civilización cristiana a la cual pertenecemos, y cuya costa de América ofrece el espectáculo de las ciudades más cultas, más ricas, más laboriosas, más progresivas, que hayan florecido en nuestro continente. Los Andes levantaron entonces su enorme valla para señalar el límite de las dos jurisdicciones; pero hace pocos días los obreros que picaban la piedra desde las dos faldas antes hostiles, se han encontrado en lo negro del túnel concluído, con abrazos de fraternidad y gritos de gloria. El nuevo camino suprime la áspera muralla, cuyo tránsito fué penuria de Aguirre y

proeza de San Martín. Cualquier viajero del arenoso Plata podrá

ventajas que en ello había para la Corona y sus Indias. Objetaron que nadie cuidaría mejor de sus intereses que el propio reino andino; y agregaron que en caso de guerra civil o sublevaciones araucanas, ellos necesitaban autoridad militar en Cuyo, para requerir auxilios inmediatos. A pesar de tales razones el virreinato del Río de la Plata fué creado en 1776, desmembrando de Chile la provincia cuyana, como sus propios habitantes lo habían solicitado. Así la metrópoli, siguiendo los rasgos naturales de nuestra fisonomía indiana, bosquejó el territorio de la futura república, y organizó, bajo la hegemonía de Buenos Aires, las desnudas pampas del Plata, la llanura montuosa del Tucumán, la formidable montaña de Cuyo, el Uruguay, el Paraguay y el Alto Perú, y la desierta Patagonia, aún misteriosa entre los Andes y el mar.

## V - La leyenda de los Césares

Durante varios siglos, fueron las tierras patagónicas algo así como una ínsula quimérica sobre la cual España sólo ejerció un imperio nominal. Las cartas administrativas del virreinato dábanla en jurisdicción a Buenos Aires; mas a pesar de su extensión, escasos accidentes dibujaban la desolación de sus mapas, inexplorada como la alcanzó el siglo XVIII, desde la móvil y peligrosa frontera hasta el remoto piélago de las islas

cosa de consideracion, aunque se ha entendido haberia mas arrimada a la cordillera que va de por el estrecho, y no a la costa del mar, por donde fueron descubriendo". Pero el mismo historiador en el capítulo VI, afirma que los soldados de don Diego de Roxas, a mediados del siglo XVI, oyeron hablar a los comechingones de Córdoba de cómo a la Parte del Sur había una provincia muy rica de plata y oro a quien llamaban Yungulo, que se entiende ser la misma noticia que en el Río de la Plata llaman «los Césares», tomado del nombre de quien la descubrió". Tales últimas palabras hacen pensar que esa leyenda de la ciudad encantada, si es que tuvo algún origen verídico, debió generarse desde los primeros años de la conquista del Plata, en aquella expedición que Gaboto mandara de "Sancti Spiritu" al interior, bajo las órdenes de un español denominado César. Después de haber cautivado éste la amistad de pueblos indígenas en valles y montañas cuyo nombre no recuerda la historia, César volvió a la fortaleza, pero la encontró deshecha y despoblada por la cruenta sublevación de los timbúes, la tribu de Mangoré enamorado. Gaboto ausente y Nuño de Lara muerto como precio de Lucía Miranda, el soldado de la intrépida expedición reemprendió su camino, a capitanear conquista propia con las propias espadas. Dicen que peregrinó hacia Occidente; que pasó por tribus de lenguas y costumbres diversas; que subió a lo alto de una cordillera nevada desde la cual se veía por cada banda de los montes un mar; que volvió por Atacama; que volvió por el norte, y así llego, inopinadamente, a la ciudad del Cuzco, donde Francisco Pizarro acababa de prender a Atahualpa.

Gonzalo Sáenz Garzón, que fue de la conquista del Perú

todo eso junto, llevaba de unas zonas a las otras el eco de la conquista, desfigurando el hallazgo o la proeza en doradas visiones de hechicería y de fortuna.

Así, probablemente, la excursión temeraria de los Césares transfiguróse en esa encantada fundación patagónica, donde los hombres eran inmortales y fastuosa la vida. Infructuosas expediciones la buscaron; indios ingenuos o maliciosos dieron en los Andes el testimonio de su existencia; hombres doctos y graves prestaron crédito a la seductora patraña: y de este modo la leyenda, embellecida por el misterio y el tiempo, llegó documentada hasta nosotros, en la información encomendada por la Corte de España a las autoridades de Chile. Necesitábala el rey a fin de, resolver una solicitud de don Manuel Josef de Orejuela, que en 1678 pedía auxilio de tropas y dinero para emprender la conquista del fabuloso reino patagónico.

Diversos orígenes fueron atribuidos a la ciudad de los Césares. El padre Lozano, en una carta dirigida al padre Juan de Alzola, creíala fundada por sobrevivientes de un barco que naufragó en la costa magallánica; y ésta fue en su tiempo una de las opiniones más difundidas. Don Agustín de Jáuregui, presidente de Chile, dirigiéndose al virrey Amat, afirmaba que según la información levantada entre los indios por don Ignacio Pilluer, intérprete general de Valdivia, los Césares eran cristianos huidos de la ciudad de Osorno, que los araucanos arrasaron en 1599. Casi todos considerábanla población de españoles; pero un memorial presentado por el jesuíta José Cardiel al gobernador y capitán general de Buenos Aires, en 1746, “sobre los

los grados 45 y 50 de latitud austral. El indio Guechapague, de la nación Huiliche, hablando en 1781 con don Fermín Villagrán, capitán en la reducción de Maquegua, aludió, sin embargo, a un paraje denominado Milecí, sobre la ribera del mar Atlántico. Hasta el número de esta ciudad se multiplicó. El padre Lozano, en la susodicha carta, habla de tres: la del Muelle, la de los Sauces y la de Hoyos, que era la más populosa. No faltaba ni siquiera la descripción del camino para llegar hasta ellas. Silvestre Antonio de Roxas, que fué cautivo de los indios pehuelches, había presentado al rey, en 1707, su Derrotero de un viaje desde Buenos Aires hasta la ciudad de los Césares, que por otro nombre llamaban la Ciudad encantada.

Y tales itinerarios desconciertan, no sólo porque nombres serios autorizan las más disparatadas noticias, sino porque la ruta descrita se puntúa al comenzar en sitios reales como el Tandil, Guaminí, Tunuyán, hasta llegar a un valle ameno donde habitan los indios Césares, todos de gigantesca estatura, después del cual la prohibida senda que conduce a la Ciudad encantada piérdese en lo inhallable de las tierras quiméricas.

Como se ve, las noticias eran contradictorias y el camino difícil. Entre tantos convencidos e impostores que sobre este mito escribieron, algunos datos acordes permiten imaginar la vida de la ciudad suntuosa. En la encuesta que entre los indios levantara el intérprete Pinuer, deponen los caciques Quaiquil, Marimán, Artillanca, Rupayán, Guedacoy, y ellos, como tantos otros, repiten la descripción de la ciudad nunca vista y por ningún extraño visitada. Marimán decía haberla vislumbrado una vez desde la ribera del lago. Otro decía haber oído en el alba sus

sonoras.

La ciudad edificada en una Isla, estaba rodeada de murallas y fosos: un puente levadizo, daba acceso al recinto privilegiado, por una puerta única.

En los predios cercanos, las tribus sometidas cultivaban legumbres o frutales, y los ganados engordaban pacíficos. Dos cerros liminares, uno de diamante, otro de oro, rendían a los Césares la riqueza con que labraban su vajilla magnífica y decoraban sus templos suntuosos... ,

No comprendía el fiscal de Chile, doctor Perez de Uriondo, al informar favorablemente sobre la solicitud de Orejuela, cómo se pudiera poner en duda la existencia de los Cesares después de tales atestaciones juradas, explícitas, acordes y terminantes.

No aceptaba ni siquiera que el mito secular de los Césares fuese una nueva forma de las ciudades encantadas que habían florecido en Méjico y el Perú, después de caídas las dinastías indígenas. No era el misterioso reino del Gran Paytití, donde los herederos del Inca Atahualpa habían reconstruido, todo oro y esplendores, su Cuzco deshecho. No era tampoco, el imperio fantástico de la Gran Quivira, donde un príncipe de los reyes Aztecas habla restaurado, toda fortuna y gloria la corte de Moctezuma. A favor del misterio patagónico el último de los mitos indianos seguía resplandeciendo casi en las vísperas de la Revolución Argentina y quién sabe si la credulidad de los indios al perpetuar la Ciudad encantada, no anticipaba en presagio la ciudad dichosa, que el nuevo ideal americano imaginaba fundar un día sobre las Indias emancipadas.



conocimiento que Magallanes y otros marinos hicieran de la costa, nos había dado solamente la configuración marítima de nuestras tierras australes. Por el rumbo oriental no se habían fundado sino pasajeras doctrinas jesuíticas, al Sur de Mendoza, en plena cordillera. Sublevaciones de araucanos y pehuelches habían arrasado con ellas efímeras como la espuma de la costa o la estela de las naves magallánicas. La fábula, además, había desvirtuado la escasa historia que ambos sucesos realizaran.

Los que habían ido por el Atlántico creíanla habitada por una nación de gigantes, cuyos enormes rastros, visibles en las arenas y las toscas, patentizaban la verdad del aserto. Los que habían recorrido los Andes suponíanla poblada por esa misteriosa estirpe de los Césares, cuya leyenda ya conocéis. La pequeña iglesia de una doctrina del Neuquén fue destruida por los indios. Reedificada, se trajo de Lima una nueva imagen de la Virgen, a la cual los naturales llamaban “la Señora española”. Los hechiceros de la tribu anunciaron que venía a castigar sus depredaciones, y se anticiparon con otras nuevas a su venganza.

Así morían evangelista del Nahuel Huapí y del Limay, como los padres Mascardi, Hoyo y Elguea. La conquista espiritual de estos jesuitas nada pudo fundar entre esos bravos pehuelches que defendían sus dioses y su tierra con todas las armas, desde la flecha y la chicha enherbolada, hasta el fuego y la bola.

Se necesitaron numerosos viajes internacionales, realizados bajo las banderas de Francia, Holanda, España e Inglaterra, con propósitos meramente científicos, para que fuera desvaneciéndose la leyenda patagónica, al menos por el lado de

Falner, que lo recorriera. Villarino remonto por la primera vez los ríos patagónicos, mientras Biedma, amparado por el ministro Gálvez, preconizaba las ventajas de su colonización. Don Sebastián de Undiano y Portela, concededor de la pampa y de los indios, y don Félix de Azara, geógrafo del rey, aconsejaban al Gobierno la ocupación de diecisiete mil leguas en la tierra más fértil del universo, mediante la traslación de la frontera bonaerense hasta Choele-Choel y el río Negro.. Así nació en el Plata, dentro del virreinato recién fundado, la conciencia territorial de la Patagonia y la idea de solidaridad económica que nos ligaba a la última de las tierras conquistadas.

Algunos hechos posteriores vinieron a demostrar, a la metrópoli española primero y a la conciencia argentina más tarde, que esa unidad territorial, ligando el Plata con las tierras atlánticas, no creaba sólo una solidaridad económica, sino una solidaridad política y militar. Súpolo España cuando sus rivalidades con Inglaterra; supimoslo nosotros, después de la emancipación, cuando el litigio con Chile.

El libro de Falkner, titulado *Descripción de la Patagonia y sus partes adyacentes*, dio el conocimiento exacto del nuevo país, y reveló la importancia estratégica que la costa magallánica tenía para los pueblos del Plata. Era Tomás Falkner cierto joven irlandés, a quien los azares de un viaje habían dejado en Buenos Aires desamparado y sin recursos. Iniciado en conocimientos de cirugía y miembro de una familia católica, buscó refugio en la Compañía de Jesús, y la Compañía supo aprovechar sus

duración de las jornadas, los recursos de su fauna y la flora, los caminos y sus pueblos indígenas, las costumbres de los indios y el trato de los caciques. Libro al cual no faltaba ni el prontuario de voces moluches, ni la nómina de jefes tehuelches, era excelente base para la acción militar o la conquista pacífica. Pero en vez de entregarla lealmente al gobierno del Plata, la advertencia insidiosa escondida en sus páginas señalaba esa presa a las garras del águila británica.

“Si alguna nación intentara poblar este país -decía-, por ahí podría ocasionar un perpetuo sobresalto a los españoles, por razón de que de aquí se podrían enviar navíos al Mar del Sur y destruir todos sus puertos antes de que tal cosa o intención se supiese en España, ni aun en Buenos Aires; fuera de que se podría descubrir un camino más corto para caminar o navegar este río [el Negro], hasta Valdivia. Podríanse tomar también muchas tropas de indios moradores a las orillas de este río, los más guapos de estas naciones, que se alistarían con la esperanza del pillaje, de manera que sería muy fácil el rendir la guarnición importante de Valdivia, y allanaría el paso para reducir la de Valparaíso, fortaleza menor, asegurando la posesión de estas dos plazas la conquista del reino fértil de Chile.”

Y el libro estaba tan inspirado en los intereses de Inglaterra contra los de España, que al aconsejar la fundación de una colonia en la bahía de San Julián, agregaba: “siendo tan raro un navío en estos mares, todo esto se podría hacer y mantener muchos años sin que los españoles lo supiesen.” Los españoles, por ejemplo, estuvieron establecidos largo tiempo en las islas

que tales ideas despertaron por contragolpe en el Plata el sentido de esa solidaridad geográfica, y precipitaron en cortos años la formación definitiva de nuestra conciencia territorial.

El viaje de Villarino por el río Negro, la primera fortificación de Choele-Choel, el reconocimiento de los fortines por Azara, las expansiones de la frontera desde la Junta de mayo hasta el ministerio de Alsina, la tentativa de Rosas y los caudillos aliados, la campaña definitiva de Roca, la organización administrativa de los territorios australes, los ferrocarriles económicos y estratégicos en el Sur, la fundación de nuestra marina del Atlántico y el trazado de nuestros límites con Chile, no han sido sino la afirmación progresiva de esa conciencia geográfica despertada por el peligro colonial.

Incorporadas al Plata las extensas comarcas que le pertenecían, no sólo como un patrimonio económico, sino como una salvaguarda política, la patria ha definido sus fronteras entre límites naturales o líneas imaginarias dirimidas en paz, amojonando, como lo quiso la historia, el solar generoso de la estirpe argentina.

## VII - Calchaquies - tucunmana

Los territorios que se unificaron bajo la influencia del Plata, no ofrecieron a los conquistadores la fortuna de una gran

Tiene significado y belleza aquel episodio, tal como la historia de los Incas lo salvó del olvido, perpetuándolo para nosotros en lengua castellana. Y pláceme ahora evocarlo, procurando con el dato disperso de “tantos libros raros o curiosos que tratan de América” imaginar sus rasgos pintorescos, pues ante su escenario de los Andes, éste ha sido uno de los sucesos augurales en nuestra vieja tradición indiana.

Hasta la breña Calchaquí había llegado la deslumbrante fama del Cuzco y de sus reyes magníficos: allí templos solares, palacios opulentos, vírgenes deseables, curacas invencibles, ciudades populosas, caminos miliarios, tierras cultivadas, trajes repletos, marciales paramentos, ídolos valiosos, rica orfebrería; todo eso venía hasta las fronteras más lejanas, hecho rumor de gloria en la voz de los chasquis, en los ecos de la guerra, en el relato de los peregrinos. Mensajeros de una estirpe sagrada, los Incas habían traído a la tierra, por mandato del astro paterno, la misión de unificar todos los pueblos de las Indias, en la comunidad de un gobierno, de una religión y de un idioma. Ejecutores celosos del mandato divino, iban acrecentando su poderío por la persuasión o por las armas.

Desde Manco Capac, el fundador pacífico del Cuzco, siete Incas habían ceñido la mascapaicha o borla imperial, hasta el advenimiento de Viracocha, formidable en la guerra. De éste se escribe que en el campo de Sacsahuaman, combatiendo contra indios rebeldes, había dejado 30.000 víctimas en un solo día: la san'gre derramada corrió a torrentes por el bajío, y Sacsahuaman

tradiciones.

Los sencillos calchaquíes, adoradores entonces de la tormenta y el rayo, debieron interrogar al numen oracular de sus montañas, cuya voz les aconsejaba en las grandes resoluciones de la tribu, así los éxodos o la guerra. Rociada con la sangre de las alpacas andinas el ara de las cavernas montañosas donde tuviera el ídolo su santuario- alcahuisas y turpentaes descifraron, quizá, la favorable respuesta y el augurio feliz ante los jefes emocionados de la tribu.

No entregarían la patria ni mudarían la raza: adorarían a Inti, magnífico en los cielos, donde la tormenta y el rayo fuesen dioses menores, y acatarían al Inca en la tierra, sin desmedro de los caciques tradicionales. Hablarían en cambio una lengua conocida en todos los ámbitos del mundo por ellos imaginado; trocarían sus rudas hachas de piedra por nuevas armas de metal fundido; vestirían la desnudez de sus mujeres con ponchos y sayas de vistosos colores; paramentarían al hechicero y al jefe con vincha de plumas y toqui de plata; trenzarían sus largos cabellos en la cimba alhajada de piedras y de oro; y así en la nueva era serían admirados y temidos por los bárbaros humahuacas del Norte y por los bélicos tonocotes del Sur,

Tal imagino aquel augurio de las vísperas, cuando los calchaquíes resolvieron enviar su embajada hasta Viracocha, que, triunfante en sus conquistas del país de los Collas, había llegado al, pueblo de los Charcas.

Fué allá en Charcas donde el Inca recibió a la conmovedora

monarca la simbólica ofrenda que de sus lares traían; a señalar con la mirada y la mano los confines del Sur en el horizonte, y a murmurar el vago nombre de "Tucma". Sentado Viracocha en las áureas andas que dóciles sus vasallos portaban; vestido por rojo manto de vicuña, cadente desde los hombros como una túnica regia, prendidas al cuello las esmeraldas y amuletos, a las orejas los zarcillos, a los puños las pulseras, a los tobillos las ajorcas, todo tallado en metales preciosos, ceñida la cabellera por la vincha y la borla, emblemáticas de mando como una corona, y en la diestra el toqui de oro, que era su cetro: tal se les apareció el Inca, ante quien los embajadores calchaquíes entregaron, en señal de acatamiento, maíz de sus chacras, lana de sus huanacos, miel de sus montes. Los intérpretes reales, allí presentes, completaron con sus palabras este acto de vasallaje; y así quedó incorporado a los dominios del Inca nuestro Tucumán, con el nombre que ellos le dieron. ¿ Era el de Tucma, jefe calchaquí, o era que al preguntar Viracocha si en aquellas comarcas se acababa la tierra, contestaron en quichua: " No se acaba" -" tucunmana "-, y al avisar en dónde se acababa la tierra, nombraron ellos a "Chilli ", que quiere decir "el fin de la tierra" en la lengua aymara? ..

La jurisdicción peruana, tan hermosamente ganada por el Cuzco sobre el Tucumán, hubiera sido ratificada en la Conquista por la Ciudad de los Reyes, si no fracasara en sus comienzos la tentativa de Diego de Almagro. Acompañaban al

zanjas, caían al acometer los sitiadores. De pronto los jujeños, superando tal astucia con denuedo más eficaz, acometieron al invasor en su campo, matando yanaconas y cautivando bagajes. Vencido, levantara su sitio el viejo Almagro, camino de Chili, donde se acababa la tierra; pero al cruzar el valle de Chicoana, los bravos calchaquíes, ya quichuizados, fuertes en las armas y en la fe del Sol, defendieron heroicos su tierra. Acometieron en tal forma al jefe español que le mataron su caballo, sin que la tropa invasora lograra venganza alguna contra el indio a quien defendían sus pucaras, en la inexpugnable altura de los cerros natales.

Años más tarde los conquistadores venidos de Chile, en tiempo de Valdivia, y el asiento de su conquista por la fundación de Santiago del Estero, capital histórica del Tucumán, dieron sobre esta comarca una jurisdicción transitoria al reino trasandino del Nuevo Extremo. Pero antes la ruta abierta por los temerarios Césares de Sancti Spiritu, desde el litoral argentino a los Andes, y por los intrépidos soldados de don Diego de Roxas, desde los Andes argentinos hasta el litoral, había explorado de hecho nuestra pampa, revelando en la continuidad de su llanura la base territorial de un "Reino Nuevo". El choque de ambas conquistas, la de Chile y del Plata, disputándose el Tucumán, se realizó en Santa Fe. Juan de Garay acababa de fundarla, cuando se encontró con Ñuflo de Chaves, que venía de Córdoba, y disputaba en nombre del gobernador Cabrera su posesión.

Ambos conquistadores habrían luchado, a no ver en aquel



## VIII - Reconstrucción de las Tribus

Reconstituir la vida de los naturales muertos en el dilatado territorio argentino, es obra que las ciencias americanas no han consumado aún, y apenas pueden acometerla sin esa base las artes. Pueblos sin historia cierta ni monumentos, apenas si su nombre se ha salvado en las crónicas españolas de la Conquista.

Tantas fueron las tribus, que al seguir su difícil genealogía entre esas páginas escritas fuera de toda mira etnológica, el investigador se pierde en un laberinto comparable tan sólo al de los bosques y los deltas que algunas de ellas habitaron.

Desechando prematuras generalizaciones, nuestros antropólogos empiezan a preferir la simple acumulación de materiales. Este método previo va arrojando un poco de luz en ese caos de nuestras razas primitivas. La confrontación de sus parciales aportes, realizados por diferentes ciencias auxiliares, permite discernir los diversos nombres con que se llamó el mismo pueblo, según se prefiriese la tierra poseída, la lengua hablada o la tradición gentilicia. Así vamos viendo el error de ciertas designaciones populares como "pampa", que involucraba en su nombre geográfico naciones diversas; pues los indios de la pampa que destruyeron la primera Buenos Aires son distintos de los que amenazaban el Azul en tiempos de Alsina: aquéllos fueron querandíes, estos huiliches venidos para el malón desde los Andes. Análogamente, la designación de "quichua"

en el habla, sino a todas las riberas del Plata incluso a sitios que guaycurúes, charrúas, querandíes y puelches hollaron.

Laboriosamente van minuciosos sabios esclareciendo la difícil verdad de nuestros orígenes indios. Procúrase, ante todo, armonizar la nomenclatura etnológica expurgándola de las torpezas del copista o de los errores prosódicos imputables al historiador primitivo. En las crónicas del alemán Ulrich Schmidel o del portugués Soárez de Souza, o del inglés Tomás Falkner, el mismo nombre indio varía a través de su pronunciación extranjera. Schmidel habla de unos indios "Mach-Kurendés", modo como sonaba en los oídos tudescos del minucioso narrador el nombre de los "mocoretás"; y podéis imaginar cómo escribiría otros este soldado de Mendoza que, desde las primeras páginas de su *Viaje al Río de la Plata*, llama a su propio capitán "Don Pietro de Manthosa" ...

Entre los mismos españoles el testimonio cambia de valor, según nos venga de un testigo ocular o de un actor, como Álvaro Núñez en sus *Comentarios* o Hernando de Herrera en su *Relación*, según se trate de memorias escritas mucho tiempo después de los sucesos, como la *Argentina* de Ruy Díaz, o la *Conquista* de Guevara, obras nutridas, sin embargo, de información etnológica.

Para medir hasta dónde puede llegar esa adulteración de las voces indígenas, aconsejaría comparar, los nombres de los Incas contenidos en los *Comentarios Reales* de Garcilaso, que sabía quichua y los de Román y Zamora, que no lo sabía, en su *Re-*

el plural; que los nogaes de Ramírez y los calchines de Gaboto son tribus litorales que quedan aún por clasificarse; que meguá y beguá son una simple sutileza prosódica de la verdadera voz: Mbeguá; que los yacana-cuni de Falkner son los onas actuales; que sanavironas y comechingones son quizá el diverso nombre con que en Chile y en el Perú, respectivamente, se designaba a un mismo pueblo, habitador de las sierras de Córdoba.

Revisando yo las ediciones de Ángelis encuentro que el nombre de los carcarás aparece en un pueblo del Paraná, amigo de los españoles, y en otro de la laguna Iberá, exterminado por éstos; que los guarapayos de la Candelaria son los guachás de los Mbayá; como los mohomas del Chaco son los ohoma de los guaraníes; que los llongayes de Calchaquí son los nogayes, pueblo no quichizado; que los sarigués al Norte de la Asunción, y tacumbúes, al Sur, no son sino ramas de los payaguás; que chiriguano y zacaimbucú son uno mismo en dos diversas lenguas -todo ello intrincado laberinto, donde la historia va tanteando el paso a la débil luz de una filología embrionaria y una documentación etnográfica no aquilatada aún por la crítica.

Con tal prolijidad vamos rastreando las absorciones de unas tribus por otras, como los chaná-mbeguá y los chaná-timbú; las migraciones de pueblos, como los matarás de Esteco al Chaco, o los puelches de los Andes a la Pampa; las "desnaturalizaciones" o trasplantes de indios que eran sacados de su tierra natal para ser llevados a otras comarcas, como los huarpes cuyanos a las encomiendas de Chile, o los diaguitas y toconotes santiagueños

Paraguay, el Tucumán, el Chaco, el Plata, Cuyo y la Patagonia. Gentilicios que las historias en uso nos habían acostumbrado a considerar como suficientemente precisos, divídense ahora en múltiples estirpes. Los guaycurús, que los españoles agrupaban con los abipones, tabas, mocovíes y demás pueblos chaqueños, se nos aparecen aparte en algunos autores, y divididos ellos a su vez en guestiadegonis o gente de la montaña, en cadiguegodis o del río Cadigué, en líchagotegodeguís o de la tierra encarnada, en apáchodeguís o de los avestruces, en eyibegodeguís o del Norte, en gotocogegodeguís o de los cañ'averales, y en eyiguayeguí, nombre que a sí mismos se daban los indios conocidos en guaraní con el gentilicio de "guaycurúes".

Asimismo los que ayudaron a Garay en la refundación de Buenos Aires y en el escarmiento de la Matanza, se nos ocurrían querandíes no sometidos al cacique Tabobá; pero he ahí que en una polémica de 1802 sostenida en el Telégrafo Mercantil, Araujo menciona con los nombres de guaraníes de las Islas, loxales, lencenbús, cuyumexais, zotocerebes, ceremelaguas, meguais y deleuscembes, a las naciones aliadas del conquistador, con quien se mestizaron, desapareciendo en el primer plantel de nuestra ciudad; a principios del siglo XIX, contadas familias de este tronco indígena quedaban en Quilmes y el Baradero. La engañosa nomenclatura lingüística o geográfica había simplificado la cuestión, pero sacándola de su verdadero terreno: guaraní, quichua y pampa, no contenían la verdad etnográfica de nuestros orígenes precolombianos.

revelar cuán populosa y varia fué la gente que pobló nuestro suelo, y a quienes por este solo hecho les retrotrae la historia a la dignidad argentina de nuestro propio nombre territorial. Los últimos sobrevivientes de esta primera estirpe indiana que los Incas no concluyeron de unificar -el ona de las costas magallánicas, el puelche de las dehesas andinas, el pampa de las chacras bonaerenses, el mocoví de los obrajes chaqueños- levantan el espectro secular de su raza en los cuatro horizontes de la tierra natal. Antepasados y hermanos en la comunidad de la patria que nosotros como ellos defenderíamos, dijérase que han sobrevivido para mostrar a los hombres de ahora -blancos nutridos en sus pechos ubérrimos- cómo fueron los hijos de bronce que el sol de las Indias calentó en las entrañas de nuestro suelo materno.

## IX - Testimonios de Israel

En presencia de las numerosas naciones que poblaban el Plata y las otras comarcas de las Indias, los españoles se interrogaron sobre el origen de la nueva raza. La unidad del género humano era dogma Científico y religioso, de suerte que a la sazón cualquier teoría debió fundarse en la hipótesis de inmigraciones anteriores. El prestigio de las tradiciones hebreas, la autoridad de que gozaban sobre el origen del mundo y las primeras transformaciones de la tierra hasta el diluvio, la confusión de las

**fatalidad mesiánica.** La idea del diluvio y la adoración de la Cruz eran tradición universal, desde el uno al otro extremo de las Indias. La teogonía quichua aceptaba en Pachacamac el Hacedor Supremo, que está invisible tras del sol, y en las otras zonas sobrenaturales del Hananpacha arriba y el Hurin-pacha abajo, las **ideas del cielo y del infierno**, dejando en medio a la tierra, mundo de corrupción y degeneración; Inti no fué en modo alguno el Dios más alto de los Incas, sino una forma benéfica de la divinidad, el mito solar en que asentaron su teocracia civilizadora. En el otro gran centro de cultura precolombina, la vislumbre monoteísta de Nezaualtcoyote, la moral acendrada de los mayas, la Cruz de Palenque, **la creencia en una resurrección elísea después de la tumba**, las **jerarquías sacerdotales** y la **práctica del ayuno**, todo corroboraba la convicción eclesiástica de aquel tiempo. Algunos misioneros, aun en nuestra zona del Plata, **llegaron a creer en anteriores predicaciones del Evangelio**, por la facilidad con que los indios aceptaban el nuevo dogma, o por semejanzas que entre éste y las idolatrías locales facilitaban la conversión, o por huellas de supuestos apostolados, como ése de Santo Tomé, que llegó a hacerse famoso. **En el Yucatán y Méjico circuncidaban a los niños.** En la ciudad de Calangos se halló una losa o peña decorada, cuyos **signos fueron asimilados a letras hebreas** por los sabios de Alcalá. Doctos hebraístas encontraban corroborantes **etimologías en los idiomas** autóctonos. La tradición de originarios **éxodos y persecuciones** en los pueblos

rabino de Portugal, como Menasseh Ben Israel.

El libro de este último, que se firmaba "Theólogo filósofo hebreo", fué impreso en Amsterdam con fecha de 5410, correspondiente al año de 1650 de nuestra era, es decir, en plena conquista de las Indias. Libro nacionalista, su propósito de restituir las diez tribus a la patria, asoma desde el título: *Esperanza de Israel*. El autor sostiene que dichas tribus, expulsas del suelo natal, se distribuyeron y multiplicaron en Tartaria, China, Media, Río Sabático, Etiopía y América; y como no todas volvieron al segundo templo, aparecían ahora más allá de los mares las que debían volver.

Negaba, por consiguiente, que los indios descendiesen de los fenicios, ni de los cartagineses, ni de los noruegos, ni de los pueblos de la sumergida Atlántida, como algunos habían sostenido.

“Por lo cual -decía Ben Israel- habiendo yo examinado con suma curiosidad todo aquello que hasta agora se tiene sobre esta materia escrito, no hallando cosa más verosímil ni más consentanea con la, razón, que la de nuestro Montezinos, la supongo como más prouable : mostrando que los primeros pobladores de la América fueron parte de las diez tribus y que después los de Tartaria (en que más me afirmo) les siguieron y hizieron guerra: Con que de nuevo se boluieron a ocultar en las cordilleras por permissão diuina.”

proceso, buscó a un indio Francisco, llamado también" el Cacique" a quien había conocido viajando cierta vez del puerto de Honda a la gobernación de Popayán. Acordábase que aquel día en los Andes, **apenados los indios por la carga del viaje y la cellisca, les había consolado Francisco, recordándoles sus pecados y anunciándoles el día de la redención.**

Hablóle Montezinos; dióle tres patacas, que eran monedas; y platicando, le oyó querellarse de la tiranía española. "Yo no soy español, le dijo Montezinos. Yo soy hebreo de la tribu de Leví; mi Dios es Adonay, y todo lo demás es engaño." Turbado el indio, siguió el coloquio entre dudas y demandas, hasta inspirarse confianza y reconocerse.

Al día siguiente, lunes, vino Francisco al aposento de Montezinos y díjole: "Quita todo cuanto tienes en las faltriqueras, cálzate estas ojotas, y si eres hombre de ánimo y esfuerzo toma este palo y sígueme". Allí empezó la jornada de su magnífico hallazgo. Le llevó Francisco hasta los solares de su tribu; oyó Montezinos emocionantes relatos de los indios que venían a saludarle; y por fin, el jueves, **en una asamblea de Mohanes, que eran los hechiceros, oyó a los hermanos, bajo promesa de secreto, la revelación de sus altos orígenes. Recitaban versículos del Deuteronomio; se decían hijos de Abrahán, de Isaac y de Jacob; recordaban confusamente el éxodo; esperaban el fin de la nueva cautividad y la posesión total de la tierra; eran tostados por el sol, tenían buenas tallas, buenas caras, "y en las cabezas un paño alrededor"**



sagrados la autoridad religiosa que necesitaba, interpretando como alusión a nuestras Indias, y profecía del descubrimiento, aquellas palabras de Isaías: “Islas me esperan y navíos de Tarsis en el principio, para traer tus hijos de lejos, su plata y su oro con ellos...”

No debe extrañarnos que la fe mesiánica de Israel viese en los pueblos de Indias una confirmación de su esperanza, si por su parte la fe católica desvariaba con iguales quimeras. El dudoso relato de Montezinos era menos fehaciente que todo el **comprobado judaísmo de ritos y costumbres en Méjico y el Perú** aunque no más sólido que las simples logomaquias con las cuales argumentaban graves doctores como Genebrardo y Arias Montano. **El nombre del Perú, o Pirú, no era para algunos sino la trasposición de Uphir u Ophir, las playas de donde traían el oro las flotas de Salomón.** Con semejante lógica, Indio era una anagrama de "Iudío ", con sólo invertir la "n", y tal argumento aparece en el nutrido libro de don Diego Andrés Rocha, oidor de la Real Audiencia de Lima. La dialéctica de tales doctores corrían parejas con la ingenuidad de los soldados, y hasta las más sólidas construcciones aristotélicas resultaban castillos de superstición y alcázares de leyenda.

La obra de Rocha, impresa en Lima el año 1681, con el título de *Tratado único y singular del origen de los indios occidentales* ha quedado como el mayor resumen de aquellas pintorescas divagaciones. Allí puede verse, no obstante, que al

## X - Génesis

La génesis del hombre americano ha sido considerada por el espíritu moderno desde el nuevo punto de vista que le han creado el racionalismo y las ciencias experimentales. Ante esa nueva posición mental, han sido relegados a los dominios de la fábula los testimonios que hablan de gigantes, enanos u otra clase de monstruosidades humanas. Tal comprobación nos interesa, porque es sabido que no escasearon aquéllos entre los primeros fantásticos pobladores de las tierras del Plata. Gigantes hubo en la Patagonia, desde el hallazgo de Magallanes, testificado por Ruy Díaz, hasta las negaciones de los Padres Falkner y Lozano, que viajando por el sur no encontraron sino indios o esqueletos de siete a ocho pies de estatura. En cuanto a los enanos, los tuvimos en las selvas del Chaco. Ruy Díaz y el Padre Techo han repetido la graciosa conseja. Ubicábanlos cerca de los chiriguano y los jarabes, y además de su diminuta silueta, los imaginaban tímidos habitantes de cuevas, que salían sólo de noche para escapar de día a la agresión de los pájaros y los hombres.

Además de los gigantes y enanos, otra estirpe monstruosa fue la de los cullús, habitantes del Pilcomayo, según el Padre Guevara. No se sabría de ellos sino lo relatado por indios mataguayos, que decían haberlos visto. Los describían con piernas sin pantorrilla, talón humano, dedos de avestruz y

eslabón de especies. Al menos ha de mencionárseles en su frontera casi bestial, como la más rudimentaria de las razas humanas que hayan habitado nuestro suelo.

Problema que el espíritu moderno ha planteado y resuelto acerca de nuestros orígenes, es la existencia del hombre fósil en América. El cráneo de Calaveras fue una superchería que rechazó la ciencia, pero ha tocado a un argentino el dilucidar esta cuestión con sus hallazgos, dentro de nuestro propio territorio. El sabio Ameghino afirma haber encontrado al hombre fósil en el paradero de Frías, cerca de Mercedes, en la provincia de Buenos Aires. Excavaciones en el terreno que él llama "pampeano medio", le han proporcionado esos restos humanos cuya antigüedad comprueba. El hallazgo de conchas de glyptodón, encontradas perpendicularmente y algunas con restos de sustancias carbónicas, le hace suponer que los "argentinos" prehistóricos debieron utilizar a guisa de chozas la caparazón de tan gigantesca tortuga. Pero tal cuestión, a pesar de haber sido científicamente resuelta, queda en los límites de la zoología o de la formación geológica, pues el hombre del pampeano medio no se liga por continuidad histórica de ninguna especie con el hombre del pampeano actual.

Otra cuestión moderna de la antropología americana es la de unificar dentro de una sola raza a los primitivos habitantes del nuevo mundo. No se ha encontrado ni la uniformidad media de

cabellos ensortijados, y tribus de un color oscuro aceitunado ocuparon la costa del Brasil desde la Guayana hasta nuestros ríos. En el Perú existieron gentes blancas, según Garcilaso; y los versos del drama quichua, en que Ollantay describe los dones de Cusi-coillur, no son, a fe mía, inspirados por la tez de una mujer cobriza. En cuanto a hombres barbados, es sabido que, según los cronistas, no hubo lugar de América, desde la isla de Salvador hasta los imperios del mar Pacífico, donde no quedaran huellas de su paso o reminiscencias supersticiosas que se desdoblaban acerca de ellos en una suerte de esperanza mesiánica.

Hubo un partido de la ciencia que difundió la hipótesis de una raza autóctona en las Indias y negó la probabilidad de que ni gentes ni cultura hubiesen emigrado a ellas antes de los grandes descubrimientos. Pero hoy las cosas parecen volver a su punto de partida, y aunque por otros caminos y con mejor criterio, es aceptada por los sabios la teoría colonial de que la América "histórica" fué poblada por inmigraciones venidas del Asia, del África, de Europa, y acaso de la Oceanía insular y de la Atlántida misteriosa.

Sin el reato del dogma, y con una perspectiva histórica más universal, los testimonios coloniales han sido aquilatados mejor, y la evolución local de los continentes ligada con el proceso total de las civilizaciones. Expurgados los textos españoles, estudiada la arqueología india, restaurada la tradición del Oriente, descifrados sus libros religiosos y comparadas las

por su vecindad al Pacífico. Una que otra irradiación, como la de nuestro Tucumán, tramontó la cordillera hacia el Oriente. En las Pampas que descendían al mar, en la cuenca de sus acaudalados ríos, en la costa del propio Atlántico, vegetaban pueblos retardados o de un tipo inferior. Y fué sin duda esta significativa separación geográfica la que sugirió a Humboldt su primera afirmación de que antiguas inmigraciones del Oriente eran las fundadoras de los imperios indios. El sabio explorador, que en tiempos de Carlos III llegaba al nuevo mundo a visitar las ruinas de Tiahuanaco y a describir el cóndor, inauguraba la tendencia orientalista que la arqueología americana ha tenido durante el siglo XIX. Para él estaban entre los sacerdotes de Bhahma y entre los pueblos de la Tartaria las fuentes directas e inmediatas de las cosas sagradas de América, en las cuales los misioneros descubrieron semejanzas con las religiones del Asia Occidental. Pero el camino preferido debió ser de Kamchatka a Alaska, sin excluir navegaciones de los europeos del norte por Groenlandia, ni de las razas semíticas por las columnas de Hércules, ni de los Atlantes por el estrecho que debió separar su continente de las Antillas actuales, ni de los africanos o polinesios a favor de accidentales corrientes marítimas. \

Las cosmogonías andinas, los templos acolhuas, los libros mayas, la organización civil de los quichuas, las leyendas religiosas de los chichimecas, las clases sacerdotales, las abluciones rituales, los cantos litúrgicos, todo emparenta las

ban, semejantes a lívidas visiones de una existencia exterior, los páramos helados y las frías cuevas donde moraron, y de las cuales habían partido, hasta arribar después de largas peregrinaciones, a los florecientes países del sol.

No fueron los territorios del Plata el asiento de aquellos pueblos; pero recuerdo sus tradiciones para motivar el abolengo legendario de nuestra América Occidental, y revelar cómo estas Indias nuestras) emplazadas entre dos enormes océanos) pudieron ser en sus orígenes tierras de inmigraciones. Todas las gentes de América, y especialmente las ribereñas, vieron en los navegantes españoles un ser extraordinario pero no temible. Colón describe en su "Diario" la forma hospitalaria y reverente con que le recibieron los ingenuos salvajes de las islas: hombres llegados de la mar misteriosa figuraban en casi todas las leyendas genésicas de las razas indianas.

## XI - ¿Catay? o ¿Cipango?

Desde el grito de “¡Tierra!” lanzado en la Pinta, el hado del prodigio coronó de fortuna la proeza de los descubridores. Los hombres de la travesía alucinadas de estupor en sus naves, oyeron que la palabra del anuncio resonaba a lo lejos,

cercanas el cálido mensaje de los peregrinos.

Entretanto, los naturales de la isla, presas de asombro, habían visto aparecer, como tres deidades oceánicas, las tres carabelas en el horizonte. Seres venidos del abismo donde nacen las albas y donde el día bienhechor se renueva, así los vieron atracar a la costa. El casco negro alzado como testuz enorme cuya boca invisible parecía vomitar la propia espuma que su proa rompía; las velas blancas desplegadas al aire matinal como alas ilógicas y ligeras; revuelta en pos de sí la cauda de la estela, erectos como antenas los mástiles, extendido como brazo algún remo, y el viento vibrando en las jarcias como ronco rugido. Supersticiones religiosas, terrores de lo desconocido, divinidad de los elementos, misterio de las lontananzas, epifanía y resurrección de los astros, rumbo de los paraísos inmemoriales, reminiscencia de las estirpes celestes: a vuestra voz, conjurada por la aparición prodigiosa, los naturales huyeron a ocultarse en las breñas, pero apenas vieron desembarcar a los navegantes y descubrieron en sus rostros un gesto de amor, tornaron ellos hasta la playa, para recibirles como a dioses amigos.

Preguntaban los indios al Almirante si ellos eran los hombres del cielo. Asombrábanse de sus vestiduras multicolores como el plumaje de las aves indígenas, y con torpeza pueril tomaban por el filo las espadas. Sin duda para realzar su acogida de paz, algunos mostraban en sus cuerpos cetrinos heridas cobradas en guerras con otras islas que habían intentado sojuzgarles. Traían, a guisa de ofrendas, frutos de los árboles, ovillos de algodón,

océano. El sol del día declinante decoraba, sacerdotal y magnífico, las selvas, el firmamento, las riberas. Y en la unción de la tarde, una piragua tripulada de indios se desprendió de la costa, rozando el agua apenas, para comunicar a las islas vecinas la fausta llegada de los hombres del mar.

La voz de los mensajeros partidos aquella tarde difundió por las aguas y los bosques, por los peñascos y las sirtes, la nueva del misterioso advenimiento. Los indios de la Concepción y la Española, de la Isabel y la Fernandina, se adelantaron a recibir al extranjero, con los brazos abiertos como la cruz de amor que él mismo alzaba en los aires. **No volvía, el descubridor de su asombro ante aquella repetida familiaridad de tribus desnudas que a pesar de no haberle visto jamás le acogían, sin embargo, como al viajero blanco y barbado que debía llegar.**

En una de las islas, el cacique, ceremonioso y fastuoso, seguido de su corte vino a saludarle y subió hasta el navío. Traíale como ofrenda una banda de oro, que era tal vez su emblema imperial. Le recibió el almirante en el castillo de popa, donde le regaló con merienda, obsequióle con un collar de ámbar, y le mostró las banderas del rey. Mas todo el mar hasta allí recorrido no era sino la ruta hacia otro símbolo más puro de la fraternidad indiana, adonde el hado de la proeza les conducía.

Como a principios de noviembre las carabelas encontraran un río hospitalario, el Almirante resolvió detenerse, a fin de aderezar en tal abrigo sus maltrechas embarcaciones. Por una especie de presagio, bautizó aquel lugar con el nombre de "Río



más espaciosa de aquellas rústicas moradas -templo o alcázar- hicieronle sentar a cada enviado en un asiento sacerdotal y simbólico, llamado " el Duche" en el idioma del país. Figuraba esta cátedra un mitológico animal con piernas cortas, sobre las cuales toda ella reposaba. La cola espesa y dura, enhiesta por detrás, servíale de respaldo; su ancho lomo formaba la silla, de suerte que al sentarse en ella veíase por delante, entre las piernas del huésped acogido, los ojos de oro de esa cabeza mitológica. Aquel iconomueble era, sin duda, el símbolo de la hospitalidad.

Os lo digo, porque sentados sobre el Duche los dos hombres del mar, vino hacia ellos la población del pequeño reino. Indios e indias depositaban a sus pies los presentes: hilo finísimo de algodón, piezas de oro, Granos de maíz y especias. Algunos se sentaron en torno, con los pies cruzados sobre el suelo, y les dieron a comer raíces cocidas que, según el relato de ambos sabían a castañas. Rogábales el pueblo que se quedasen a vivir con ellos, y cuando llegó la hora de recogerse a los navíos, la muchedumbre quiso acompañarlos. Los extranjeros que tornaban al Río de los Mares no aceptaron otro cortejo que el del cacique, su hijo y un criado. Con ellos atravesaron la manigua que las separaba del Océano. Nadie turbó su paso por el bosque. Perros que no ladran seguían su huella. En alguna choza del camino rendíanles parias al pasar. En la espesura cercana cantaban papagayos y ruiseñores. La brisa marina que movió el estandarte del rey en la costa de la Guanahani, movía

## XII - Hospitalidad Indígena – Nefitas y Lamanitas - Diluvio

Los exploradores que después del descubrimiento llegaron al Río de la Plata, encontraron la misma hospitalidad que en las Antillas. Los soldados de Pedro de Mendoza o de Álvaro Núñez, conducidos a la morada de los caciques indios, cuentan de recepciones amistosas en las páginas de los *Comentarios*, o en la crónica fidedigna de Schmidel. No se sentaron ellos en el dorso del Duche simbólico, sino en la tierra buena o en los rústicos troncos nacidos de esa tierra. Pero la sombra de sus chozas, la carne de su pesca y hasta el amor de sus indias, todo lo compartieron. La ruptura de las dos razas fué un hecho que siguió siempre a los tributos injustos, a los vejámenes de que era víctima la tribu autóctona, a manos del extranjero armado.

El desembarco fatal de Solís en la costa de los charrúas es un acontecimiento que, dado su carácter excepcional, no podría ser alegado en contra por la historia.

Eran los charrúas el pueblo mas indómito del Plata, "gente sin danzas ni fiestas", y agréguese, para completar la excepción, que no se repitió después una emboscada semejante: por otra parte, aquella hubiera sido sin trascendencia, si la, persona casualmente herida no fuese el jefe de la expedición.

Del mismo modo, el exterminio de la primera Buenos Aires por la flecha y el fuego de los querandíes fue la reacción del elemento nativo contra la brama extranjera. Nómades como

movimiento instintivo en defensa del río y de la raza a cuyo embate las chozas de la ciudad "extranjera" quedaron reducidas a cenizas, y a 560 los 2.500 hombres que la fundaron.

En la exploración de los ríos interiores tampoco fuéles hostil la primera actitud de las tribus. Cuatrocientos sobrevivientes de Buenos Aires, remontando el Paraná con Ayolas, llegaron en paz a la sede de los timbúes, unas ochenta millas aguas arriba. Cuatrocientas canoas, repletas de indígenas Jubilosos, cubrieron las olas para recibirles. Ayolas obsequió baratijas al cacique, y éste, llamado Rocherá-Guazú condujo los expedicionarios a su pueblo donde a todos sirvió carne y pescado, "dándoles de comer hasta hartarlos." Schmidel, que lo relata, iba con ellos. Y aquel pueblo timbu censaba 15.000 hombres todos ágiles y fornidos.

Las escala del viaje hasta el Paraguay están marcadas por Iguales escenas. Doscientos españoles en ocho bergantines pasan entre los indios populosos, alimentándose de lo que éstos les servían, siguiendo el rumbo que ellos les indicaban, utilizándolos personalmente como interpretes, como baquianos, como aliados. Los coronadas, que eran altos como los timbúes, y semidesnudos como los querandíes, les retuvieron dos días en su pueblo, y al partir les suministraron víveres de su pesca, y les dieron para lenguas y guías dos carios que tenían cautivos a los guaraníes. A lo largo de las Islas, generaciones pequeñas como los mocoretás que sumaban 18.000 hombres de guerra, o populosas como los mepenes, que llegaban á 100.000 -tanto que

país desde el norte le mataron los juríes de Santiago, pero le habían acogido bajo el auspicio de sus hechiceros los calchaquíes de Tucumán. Al legendario César de Sancti Spiritu, primero que penetraba por el litoral, no le hostilizaron ni los bárbaros comechingones de Córdoba, que habitaban en cuevas. A Pedro del Castillo le acompañaron los huarpes en la fundación de Mendoza, matriz de subsiguientes fundaciones en Cuyo, como acompañaron a Francisco de Aguirre los diaguitas en la de Santiago, matriz de subsiguientes fundaciones en el Tucumán. Pehuenches de Cuyo y calchaquíes del Tucumán, todos se sublevaron más tarde, como lo habían hecho los querandíes de Buenos Aires, cuando el blanco les resultó un opresor. Las tribus abiertamente reacias a la civilización fueron pocas en realidad, y las que resistían eran exterminadas por la guerra en una lucha desigual, donde arcabuces y caballos podían más que dardos y bolas. Las que no sucumbieron en los primeros siglos se confinaron en las lejanías de la Pampa o se refugiaban en las selvas del Chaco, prefiriendo esa lenta muerte a las ventajas de la civilización.

En cuanto a los otros, su hospitalidad no debe sorprendernos. No es sólo que la conquista del Plata los encontrase débiles o en la inocencia de la naturaleza. No olvidéis que en los grandes imperios de Atahualpa y de Moctezuma, este sentido de la fraternidad humana resplandeció hermosamente al advenimiento de Cortés y Pizarro. Es que la tradición del diluvio, común a casi todos los pueblos indios, habían

habían arribado, navegando los mares, hasta las costas del Cabo Frío. Desembarcados allí peregrinaron, ellos y sus esposas, a través de la selva inmensa, poblada sólo de jaguares y pumas. Traspuestas las tierras vírgenes del Brasil, llegaron a nuestras zonas fluviales, y allí levantaron las primeras habitaciones humanas. Procreando ambas parejas en su solar de las Indias, la descendencia fué tan numerosa que sobrevinieron disputas entre las dos ramas fraternas, ya populosas como dos naciones. Para evitar una guerra, se decidió que los herederos de Tupí marcharan hacia el Norte para poblar las selvas del Brasil y los de Guaraní hacia el Sur, a distribuirse por las islas y llanuras del Plata. La estirpe de Guaraní hubiese perecido cuando el diluvio, bajo el cacicato de Tupá, a no ser el antiguo hechicero Tamandaré, que anunció la catástrofe y recogió al rey y una parte de su tribu en la copa cargada de frutos de una gigantesca palmera. Descendidas las aguas, los guaraníes bajaron del arca vegetal cuyas ramas les habían alimentado durante la sumersión espantosa, y marcharon a repoblar la soledad todavía húmeda de las pampas.

Yo sé que esta leyenda no estaba muy arraigada en nuestro país, y que muchos pueblos litorales ignoraban su propio origen, no ocasionados como eran a cultivar sus tradiciones. Pero me place ahora restaurarla, porque la estirpe indiana que no pereció en nuestro suelo bajo las aguas del diluvio, iba a sufrir en su destino el embate de razas invasoras. Absorbida por las encomiendas y las misiones, o destruídas materialmente por la

### XIII - ¿Debilidad Indígena o Profecías Fuertes?

Hubo en la ciudad de Tezcucó, durante la era floreciente del rey Nezahualcóyotl, un himno suyo al cual llamaban el Xompancuicatl, o "Canto de la Primavera". Era este canto un himno convivial que los acolhuas entonaban en la inauguración de sus palacios. El gran monarca, que había sentido pasar sobre su tierra y sobre sus almas indianas el castigo de las invasiones tepanecas, anunciaba en ese poema la destrucción futura de su raza. Aprovechábase la hora del regocijo y de la hartura para hacer a los hombres el anuncio fatídico. Aquel cántico aunaba la videncia divina con la aflicción humana, y uno de sus pasajes decía:

"Oíd lo que anuncia el rey Nezahualcóyotl, sobre persecuciones y calamidades que han de padecer sus reinos y señoríos. Ido que seas de esta presente vida a la otra, ¡oh rey Yoyontzín!, vendrán tiempos en que serán deshechos y destrozados tus vasallos, quedando todas tus cosas en las tinieblas del olvido; entonces, de verdad, no estará en tus manos el señorío y mando, sino en las manos de Dios. Y entonces serán las aflicciones, las miserias y persecuciones que padecerán tus hijos y tus nietos; y llorosos se acordarán de ti, viendo que les dejaste huérfanos en servicios de otros extraños, y en su misma patria acolihuacán ..."

La palabra profética que sonaba en la lengua del más grande de los reyes acolhuas alcanzó un último eco en el imperio de los

cayó en la plaza del Cuzco el día de la solemne fiesta anual que rendían al Sol, fueron signos que los amautas y sacerdotes interpretaron como agüeros fatales. Pero, una noche, Huayna Capac vió desde su palacio que la Luna, progenitora de su estirpe, tenía en derredor de su faz un halo de tres círculos: era el primero rojo como la sangre; era el segundo negro como la noche; era el tercero vago como el humo. "Asaz turbado el Inca, mandó llamar a los llaycas o magos, para que interpretaran el prodigio: el primer círculo anunciaba la guerra; el segundo, la caída del Sol; el tercero, la desaparición de su raza. Un adivino de la nación, Yauyu, famoso por su iniciación en las cosas ocultas, díjole al Inca: "Pachacamac criador y sustentador del mundo, amenaza tu sangre"... Algunos años después los chasques traían de las lejanas provincias ribereñas la noticia de que hombres blancos y barbados habían aparecido navegando en el mar. Hasta que un día Huayna Capac, enfermo de chucho, abdicó a su corona; pidió que enterraran su corazón en Quito, como ofrenda del amor que le había unido a la reina de esa ciudad, y su cuerpo en el Cuzco, para que reposara junto, a las cenizas de sus padres, y dividió su imperio entre Huascar y Atahualpa, los hermanos fraticidas que después guerrearón, facilitando con ello el triunfo de los españoles. Las últimas palabras de Huayna Capac han sido conservadas por el inca Garcilaso, quien después de la conquista las recibió de un inca viejo llamado Cusi Huallpa, y de su madre, y de Huallpa Tupac Inca, hermano de su madre. Parece que en esas palabras

También sabemos que se cumple en mí el número de aquellos doce incas. Certifícoos que pocos años después que yo me haya ido de vosotros, vendrá esa gente nueva y cumplirá lo que nuestro padre el Sol nos ha dicho, y ganará nuestro Imperio y serán señores de él. Yo os mando que les obedezcais y sirváis como a hombres que en todo os harán ventaja: que su ley será mejor que la nuestra, y sus armas poderosas e invencibles más que las vuestras. Quedaos en paz, que yo me voy donde mi padre el Sol me llama."

Así morían resignados los incas, heridos en su sangre por una sentencia de Dios. Las serenas palabras de Huayna Capac y el hondísimo canto de Nezahualcoyolt, muestran cómo hablaba el espíritu de las Indias en la agonía de su primera estirpe, próxima a recomenzar la gestación difícil, hecha de guerras y de amores, que habría de reencarnarle en una estirpe nueva y superior.

Cualquiera que fuese el origen de todos aquellos pueblos agredidos por la conquista, autóctonos o inmigrantes, civilizados o bárbaros, venidos del Tibet o de la Atlántida, tenían todos ellos el tipo creado con su aire y con su agua, con su fuego y su tierra por el genio caracterizante de las comarcas indianas. Indios eran y la agonía del indio iba a durar tres siglos, a partir desde aquella mañana de octubre en que las tres carabelas del Almirante vinieron a sorprenderle en su misterio de la Guanahani. Pero la fuerza inmanente del territorio pugnaría durante ese mismo lapso por diferenciar un tipo nuevo que restaurase purificado al antiguo, y tal era "el criollo", cuyo



la continuidad de la historia, ha renovado el esplendor de los palacios indianos, donde se oía el triste Xompancuicatl de los convites, y dignificado en la pampa que ahora labramos, la cueva donde moró el indio desnudo. El círculo de sangre de la guerra y el círculo de sombra de la muerte, al proyectarse sobre las tierras del Plata, realizaron fácilmente su presagio, porque aquí no teníamos fortalezas como la de Ollantaytambo, ni caminos como el de Atacama, ni palacios como los de Tezcucó, ni ejércitos como el de Cholula, ni murallas como las del Cuzco, ni templos como el de Tiahuanaco, ni tesoros como el Quimbaya. Nuestro indio, pobre y débil como la choza que habitaba, ensangrentó desde el Uruguay a los Andes la espada de los blancos vencedores, o le entregó su libertad en los combates, su religión en las misiones, su nombre en las encomiendas. Bravos como los charrúas o mansos como los huarpes; civilizadores como los diaguitas o reacios como los matacos; prolíficos como los chaná o escasos como los yaganes; jinetes como los huiliches o peatones como los payyus; industriales como los calchaquies o bárbaros como los sanavironas; pequeños como los caiguás o grandes como los patagones; hospitalarios como los coronda u hostiles como los agaces; con mujeres ardientes como las parayes o feas como las timbúes; cualquiera que haya sido el dictado de sus vidas efímeras, no hubiera sido posible, aun proponiéndose, exterminarlos totalmente. Su ser volvió a la tierra indiana de donde brotase, mas fué para renacer en nuestras almas.

#### XIV - ¿Conquistadores o conquistados?

Ha sido error asaz generalizado entre nosotros ese de que el indio argentino fué totalmente exterminado por la saña del conquistador, o pereció lentamente -mitayo, encomendado o yanacona- en los padecimientos de la servidumbre colonial.

Así habíamos llegado, con grave falseamiento de la historia, a creernos un pueblo de pura raza europea, olvidando que la emancipación, salvo el escaso número de los dirigentes, fué realizada por el cholo de las ciudades y el gaucho de los campos, mestizos a quienes el nuevo dogma directamente beneficiaba. Recordemos también que la guerra criolla tuvo en las tribus sobrevivientes de ambas fronteras sus mejores aliados contra el realista Español. Pero la falta de apellidos indígenas, así en las levas de la libertad como en los empadronamientos de la república, pareció comprobación concluyente de nuestra hispanización, sin considerar que el indio, al cristianizarse, comenzaba por adoptar un nombre castellano. Consistió generalmente ese bautismo en el santo que el misionero designaba, y su apellido en el de su inmediato señor o vecino feudatario a quien le hubiesen encomendado.

Por consiguiente, ni siquiera escaseaban homónimos entre españoles y naturales, y ya en los primeros años de la conquista,

nueve, vinieron a reconocer más de 300 canoas de indios, y cuando llegaron enfrente de los nuestros, apartados de tierra como un tiro de flecha, en una playa que allí aparecía, comenzaron a levantar las palas en alto, señal de amistad, y quieta la gente oyeron los españoles hablar en voz alta a un indio que decía: -"¿Sois amigos o enemigos; qué queréis o qué buscáis?" Admirados los nuestros de oír entre aquellos bárbaros quien hablase nuestra lengua, respondió el capitán Mendoza: - "Amigos somos, y venimos de paz y amistad a esta tierra, desde el reino del Perú, con deseo de saber de los españoles que acá están". El indio le preguntó quién era y cómo se llamaba, y el capitán le respondió que lo era de aquella gente que allí traía y se llamaba Francisco de Mendoza. A lo cual el indio mostró mucho contento, diciendo: -"Yo me huelgo, señor capitán, de que seamos de un nombre y apellido; yo me llamo también don Francisco de Mendoza, que lo tomé de un caballero de este nombre, que fué mi padrino cuando me bautizaron; por tanto, mira, señor, lo que habéis menester, que yo os proveeré de muy buena voluntad".

Ocupadas las Indias en nombre de Dios y del rey, deslizábase junto con la conquista guerrera, la conquista espiritual. Bautizar a los indios, en muchedumbre a las veces, era la preocupación del franciscano o del jesuita que acompañaban a la hueste invasora. Aceptado el bautismo, la conversión religiosa importaba para los indios un primer paso en favor de su mestización. Trueque de nombre y lengua eran, desde luego, para las tribus sometidas un

guna luz pueden prestarnos, se calcula en 4.000 el número de españoles que vinieron a la primera ocupación del Río de la Plata, de los cuales casi todos murieron por el hambre, las enfermedades o la guerra. Según el censo de don Pedro de Mendoza, de 2.500 soldados que fundaron Buenos Aires sólo sobrevivieron 560 después de su destrucción; de estos últimos, 160 quedaron con Juan Romero a guarnecer los restos del fuerte y 400 partieron a explorar los ríos con Ayolas. A lo largo de las islas y costas del litoral, las tribus indígenas, en cambio, eran tan populosas, que bajo el nombre, un tanto lato, de guaraníes, se hacía montar a 20.000 los que había en el Iguazú, a 100.000 en la Laguna de los Patos, a 100.000 sobre el Ibay, a 200.000 en las inmediaciones del río Ativajiva. Las primeras incursiones por los otros rumbos de la conquista se encuentra en la misma proporción: 200 hombres que entraron por Chile con don Francisco de Aguirre y 300 que entraron por el Perú con don Diego de Rojas contra innumerables indígenas. Este puñado de españoles combatió en la batalla donde fué muerto don Diego, con 3.000 jurisdicciones de Santiago, y el número de los que volvieron con Heredia al Cuzco, después de haber llegado al Paraná, apenas excedía de 100. Semejante desproporción en las expediciones militares subsistió durante el período de las fundaciones, y entonces fué más grave; porque nuestras ciudades se planearon con la alianza y colaboración de los indígenas: casi todas las actas contienen esta frase del fundador: "... y como tiene de esta provincia tomada posesión en nombre de la majestad del rey de Castilla, Don Felipe, nuestro señor, y como mucha parte de los

ciudad de Esteco fué fundada por expansión de los escasos feudatarios de Santiago, con el concurso de 30.000 matarás. Don Jerónimo Luis de Cabrera, nombrado gobernador del Tucumán sacó unos 100 soldados de Santiago, San Miguel y Talavera; sometió con ellos a los comechingones de Calamuchita, Charava, Zacate, Quilloamirá, y empadronó 60.000 indios en esas sierras al fundar la ciudad de Córdoba en el sitio que los naturales denominaban Quinquizaca. Sobrevivientes de la destruída Buenos Aires poblaron la Asunción: Irala empadronó primero en ella 27.000 indios entre 400 encomenderos; pero en el progreso de la conquista llegaron a contarse hasta 100.000 naturales de diversas tribus en las inmediaciones. Esta desproporción no varió hasta las postrimerías del virreinato, porque Concolorcorvo, que en 1773 publicó su pintoresco *Lazarillo de Ciegos Caminantes*, consigna datos muy expresivos sobre nuestras ciudades del interior; así dice de Santiago: "Los vecinos que llaman sobresalientes no llegan a veinte"; y de Tucumán: "Los principales vecinos, alcaldes y regidores, que por todo no pasarán de 24". Y como los vecinos principales eran generalmente no mestizados, puede inferirse en qué minoría se encontraban respecto a la población indígena, que se contaba por millares en cada una de las provincias.

He aquí cómo la clase española fué en la colonia una minoría burocrática y señorial, constantemente renovada por los flamantes emisarios que venían a cubrir los claros de la muerte, mientras la vida hurtábale a sus espaldas el hijo criollo, engrosando con él nuestro elemento nativo. Allí donde los españoles encontraron

costas vecinas. A diferencia de ambos ejemplos, el fenómeno fué más complejo en nuestro país, debido a la extensión del suelo argentino y la diversidad de sus razas. Ni la pequeña civilización quichua del Tucumán ofrecía la solidez incaica del Cuzco o de Quito, ni el tonocote o el Calchaquí rebeldes constituían la mayoría de la población aborígen. Eran, por el contrario, una parte mínima con relación a los pueblos hospitalarios, numerosos, progresivos, que se aliaron de grado o por fuerza con el grupo conquistador. Así el soldado, el preceptor, el magistrado y el colono de España realizaron con el indio del Plata algo análogo a lo que el soldado, el preceptor, el magistrado y el colono de Roma habían siglos antes realizado con el celtíbero de España: una trasmutación espiritual, pero no étnica.

Roma conquistadora llevó a la Bética sus armas, su religión, su idioma, sus leyes, latinizando la sobreestructura intelectual de aquella provincia, pero sin modificar sustancialmente la constitución de la raza, pues ésta, más numerosa y en su suelo, absorbió a los escasos agentes imperiales. Armas, religión, idioma y leyes trajo también la España conquistadora a esta parte meridional de nuestra América; pero el habitante local, por lo mismo que se sometía, "indianizó" al invasor. La conquista hispanizó a su turno la sobreestructura intelectual de las sociedades coloniales que ella creara en el Plata; pero esa actitud peculiar del aborígen argentino dió a nuestra historia una fisonomía propia dentro del continente, como se la diera a España el suyo ibero dentro de la latinidad imperial.

fué el apóstol de las reducciones; soldado de la tercera fué el paladín de las batallas.

Tal tribu sujeta por las armas, acallaba sus rebeldías, o exterminada a sangre y fuego, edificaba a las otras en la lección de la muerte. La daga y el arcabuz castellanos trajeron al servicio de la conquista más indios que el número de los heridos por ellos. La segunda Buenos Aires no se hubiera salvado, ni tantos guaraníes hubieran venido a servirla si no se decide a escarmentar a los querandíes en el Pago de la Matanza: la cabeza del bárbaro Tabobá fieramente cortada en la masacre por el sable de Enciso. Córdoba por los comechingones, el valle de Catamarca por los calchaquíes, Jujuy por los humahuacas, todas nuestras ciudades fueron alguna vez agredidas por los indios comarcanos, y aunque a veces por protestas contra la injusticia española, todas hubieran perecido, si el escarmiento no contiene la saña de los unos y de los otros, ligándoles para siempre en la obra de la nueva civilización.

La sugestión evangélica fué otra fuerza eficaz de acercamiento entre esos pueblos hostiles, ya sonara hecha música en el rústico rabelillo de San Francisco Solano, o llevara virtud de proselitismo en la voz del jesuíta Ruiz Montoya. Los apóstoles de Indias abrían en la conciencia del aborígen idólatra y del soldado supersticioso la senda celeste de la fraternidad y del amor. Desde el padre Bartolomé de las Casas, protector de los indios, hasta el último misionero, podían hablar al más rico feudatario en nombre de las

acercólas dignificando la conciencia del indio y suavizando la voluntad del soldado.

Pero la fuerza más íntima y duradera en esa fusión fué el amor mismo, así le faltara el soplo místico de la piedad o la ternura del hogar estable, para reducirse a bestiales cópulas que la breña incitaba con sus aromas y amparaba con su solemne desolación. La raza del conquistador, la ralea social en que generalmente se reclutaba, las largas navegaciones de meses hasta el arribo, la indisciplina voluntariosa que trae el desarraigarse de la familia o la patria, la falta de sociedades orgánicas que lo vigilasen, la complicidad de todos los conmitones en una misma aventura, la carencia de mujeres europeas (salvo las muy contadas, pero que lo eran de un solo y celoso dueño), la abundancia y facilidad de la presa indígena, todo, en fin, incitaba al español hacia las caricias accidentales de los tálamos indios, cuando no se hacía levantar hasta su lecho europeo, en rango de favorita, a la hija deseable y núbil de algún cacique. Ya podían batallas mortíferas exterminarlos como a los indomables querandíes; ya podían los encomenderos de Chile "desnaturalizarlos" como a los huarpes de Cuyo, llevándolos a sus feudos; ya podían las pestes diezmarlos, como en 1718 a los reducidos en Concepción del Bermejo: -siempre quedarían ellas, numerosas y fáciles, perpetuando la vida, diez por cada varón sobreviviente en su tribu, ciento por cada nuevo español.

La extinción de las razas indígenas a causa de los trabajos penosos, no asumió tampoco en nuestro país la gravedad que en



indios en el cateo de las minas insalubres y en la pesquería de mortales lagunas. Pero el cebo del oro fué para nosotros excepción en las venas del Famatina; y en cuanto a los hallazgos de perlas, que tanto estrago hacían en las islas y tierra firme del Norte, no llegaron a ser en las costas del Plata sino efímera veleidad de sus primeros exploradores. A pesar de ello, las leyes de Burgos, promulgadas en 1512, protegían al indio constituyendo a su amo en una especie de tutor. Las ordenanzas de Valladolid que las completaron en 1513, creaban especiales cuidados para la mujer: las indias casadas y menores de catorce años no podrían ser empleadas sino en trabajos livianos, tales como “desherbar las heredades o cosas semejantes en las haciendas de sus padres”. La codicia y la falta de garantías eficaces burlaron estos buenos propósitos de la Corona; pero aun así, los males que tal legislación prevenía nunca llegaron a extremarse en esta parte de América.

Siendo la guerra una de las causas mayores de exterminio, ésta dejaba a salvo la mujer, dada su propia condición pacífica. En algunas tribus ellas guerreaban, mas era lo habitual que sólo cargaran, con las faenas de paz, pesando sobre el hombre las otras.

Expedicionando en lo interior del Paraguay, en tiempos de Álvaro Núñez, Hernando de Ribera encontró noticia de pueblos habitados exclusivamente por mujeres, y aunque nació de esta "Relación" la fábula de las Amazonas, debió ser verídico el origen del aserto, consistiendo esa división por sexos en una medida estratégica de los indios. Tales cuidados de los reyes de Castilla, de los misioneros cristianos y de los propios naturales, salvaron la mujer

judío; buen violador de harenes en Granada, de conventos en Roma, de hogares en Lieja, ese soldado sabía las dulzuras del amor prohibido, mezclado con tormentos de eternidad. Para que tal destino se realizara mejor, el colono del Río de la Plata fué con preferencia andaluz, vale decir anárquico, moreno y sensual. No era el vasco de Chile, que cuidaba la pureza de su abolengo; ni el inglés de Virginia, que despreciaba las razas inferiores.

Y a medida que los siglos pasaron, su ralea social no mejoró, pues si algunos hombres nobles entraron con Cabrera y con Mendoza, cada día fué siendo más verdadera la frase de *El celoso extremeño* sobre las Indias:

“refugio y amparo de los desamparados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos”, Cervantes debía saberlo, no sólo porque vivió tanto en Sevilla, cuando la rica ciudad hispalense era metrópoli de las Indias, cuanto porque él mismo, aporreado de los hombres y de la suerte, quiso pasar a América.

Tal vez, si hubiera venido, aceptara el tributo de tres indias como los soldados de Irala en el Paraguay -salvas las siete que el jefe se reservó. Quizás al escribir las memorias de su andanzas -que las hubiera escrito- nos habría dicho de las jarayes; "Son hermosas a su manera, y muy bien que saben pecar en lo oscuro" -como el ingenuo Schmidel en su *Viaje...* - Otros cronistas, como Cieza de León o Guevara, nos han dejado el testimonio de que no todas las indias eran feas. Gracias a ello, no se desperdició toda esa sangre,

Los mares lo habían visto, y las montañas lo conocían. La tierra no se acordaba de hombre alguno que se hubiese aventurado a poseerla con tan mágica fuerza en los ademanes, con ensueño más alto en el propósito, con avidez mayor en el deseo. Acaso en las inopias y vagares de su lejana villa solariega, vistió la raída capa del pícaro o del tahir; mas con tal gallardía la portaba, que hubiera sido clámide -en sus hombros, cuando aquende los mares prorratoó con su hazaña el oro de los imperios y la tierra de los adelantazgos. Apercebido para la lucha, era capaz de todo por su quimera, y tales fragosidades cruzara, que desgarrando en ellas su cota, llegara al término victorioso y desnudo, como un guerrero de las metopas, con solo el casco y las armas. Tuvo un galeón, y navegó sobre él varios océanos; tuvo un caballo, y galopó sobre él tres continentes. paladín excedió las ficciones de la Ilíada; peregrino, superó las leyendas de la Odisea. De tal modo la proeza le engrandecía, que perseguido quizás en Sevilla por los justicias y verdugos del rey, llegó a ser en las Indias justicia y verdugo de reyes. Sujeto de abandonar la patria y lanzarse por ella a lo desconocido, en frágiles naos, fué capaz de quemarlas, cerrando a sus espaldas todo camino, pues su arrojo no conocía sino dos: el del triunfo y el de la muerte - los dos adelante. Las proezas de Granada contra el moro, los abordajes de Lepanto contra el turco, los degüellos de Flandes contra el hereje, no fueron sino tanteos de su expansión, ensayos de su heroísmo, iniciaciones de su fe. Su raza era la elegida de Dios para misión más preclara; y él era el elegido de su raza, flor y compendio de virtudes guerreras. Navegando mediterráneos azules,

un instante de la eternidad. Domador de los instintos y los elementos, parecía un ministro del exterminio; pero al paso de ese formidable -Hércules en faena-, florecía sin embargo la vida. No le juzguéis como a hombre, porque si él saqueaba tesoros de príncipes, a él le saqueaban su tesoro los príncipes; y si él sojuzgaba una raza, él iba a sucumbir, a su vez, a manos de otra raza por él mismo engendrada. Vedle como una fuerza de la vida, como un huracán del destino, como un trasmutador del espíritu, que vino a sustituir un ídolo por otro ídolo, un verbo por otro verbo, un jefe por otro jefe, todo para un alto designio. Recordad, argentinos, cómo fué en los desiertos indios un sembrador de pueblos, de criaturas, de mieses y de esperanzas. Su numen era providencial y fatal, por eso fué proteico y omnipotente ora vistiera cota de soldado, ora estameña de evangelista. Entonces su palabra, entonada de bronce en el bramido de mando, timbrábase de cristal en la preza de dulzura. Entonces la diestra que enarbolara vibrante de orgullo su sable homicida, alzaba al cielo, ungida de humildad, su cruz pacificadora. Entonces el soplo de lo extraordinario que animara su delirio guerrero en busca de Trapalandas y Quiviras, pasaba a las realidades del milagro y las visiones del éxtasis.

Conquistar almas para la fe o reinos para la Corona, ambas eran idéntica proeza. Bélico o místico, fué a las veces cantor de sus propias hazañas: héroe y poeta, santo y hagiógrafo, todo en uno. Iluso de fortunas imaginarias, merecía que el azar se las hubiese rendido, sólo por el arrojo que gastó en buscarlas. Visionario, antojábasele cierto lo que aún estaba latente en su sueño, pues las

estremeció a su llegada. A la presencia del predestinado, sintió que su misteriosa hermosura se transfiguraba en leyenda. Por eso la tierra no se acordaba de hombre alguno que se hubiese aventurado a poseerla con tan mágica fuerza en los ademanes, con ensueño más alto en el propósito, con avidez mayor en el deseo. Brazo armado de Dios, las tribus y los montes se le rendían. Su espada iluminaba las selvas; su marcha fatigaba las rutas; humillaba su planta las cordilleras. De pie sobre las cimas, su ojo avizor atalayaba horizontes como cóndor andino; o bien husmeaba la inmensidad, cauteloso y bravío como jaguar hambriento, si bajaba a anegarse en la soledad de las breñas. Él se había sentado en el Duche de la Guanahani, símbolo del amor de las razas; y escalado los Pucaras de la montaña, símbolo de las patrias defendidas. Dureza de mortíferas galgas y frescura de plátanos hospitalarios, de las dos sabía su frente. Demonio de ambiciones humanas, era a la vez arcángel de divinas empresas: ansia de cielo y ansia de oro, para ambos fuegos ardía la flameante brasa de su corazón. Cuando empuñaba su espada, su brazo articulábase indisoluble con ella, y cabía dudar si era su diestro el pomo del acero, o si era éste la moharra de un muñón de presa -los dos al mismo temple de su fábrica toledana. Y cuando disparaba su arcabuz, el fogonazo y el estampido del arma duplicaban apenas el clamor de su voz y la fulguración de sus ojos -ambos heroicos en el vano oscuro de su casco negro. Hijo del Cid con alma de emperador y de bandido, tal fué aquel antecesor; brazo de hierro, corazón de hierro, también su vestidura era de hierro. Y un día allá, en los Andes, muriendo el Sol

sordos a los presagios de ruina, levantarse contra el invasor.

Encarnaban ellos el instinto heroico de la defensa patria, y su recuerdo ha de sernos venerando, porque su patriotismo, aunque elemental, fincaba en el amor a la tierra indiana. Paramentados o desnudos, fuertes o débiles, oscuros o ilustres, fueronlo según el grado de civilización aborigen que cada uno de ellos representaba: la del Perú pudo darnos al pretendiente Manco Inca, hijo de Huayna Capac, que demandó a los Pizarros el trono del Sol; la de nuestro país sólo era capaz de darnos a Juan de Calchaquí en la montaña, y en la llanura a Tabobá, el Querandí.

Fué el postrero de todos, aquel desventurado y formidable TupacAmaru, cuya lengua cortada por los extranjeros predica todavía la restauración... Mas aquí sólo quiero hablaros del que, según las historias coloniales, me ofrece en el Plata nuestro más significativo alzamiento: quiero aquí relataros el mito del cacique Oberá.

Hacia el año 1578, la ocupación del Río de la Plata era casi total. La destrucción de Buenos Aires y la internación de las carabelas de Ayolas e Irala, habían llevado a la Asunción el centro de la conquista argentina. A lo largo de las islas y las riberas, iba el conquistador sojuzgando la libertad indígena o recibiendo la alianza de pueblos que se denominaban los timbú, los carcará, los chanás, los mocoretá, los coñamec, los mepenes, los agaces, los gandules, los nogaes, los guá, los guatos, los mbayá, los aguarás, los carios, los camés, los beguaes, los calchines, los yaros, los payachanás, los arechanes, los chiquis, los curumiás, los chavos, los gualachos, los

Era Oberá, más que cacique, encarnación mesiánica de las potencias indígenas. Como Cristo, se decía hijo de Dios, y se le creía nacido de una madre virgen.

Juzgábase venido para devolver a la primera estirpe argentina su territorio, sus dioses, su libertad. Acaso conociera, por otros indios sometidos, el dogma que los invasores predicaban, pues algo de aquellos dogmas animaba su propia predicación. Aunque miembro de la nobleza local, más que un emperador, era un pontífice de su pueblo. Numen de la raza, él no guerreaba: tocaba a su hijo Guizaró realizar los designios y vaticinios del padre. Contemplativo y hierático, moraba en una choza donde jóvenes sacerdotisas le hartaban la concupiscencia. Hasta su sede llegaban los peregrinos de la tribu con demandas y ofrendas. Para conjurar la ira del numen telúrico o merecer sus favores, realizábanle complacientes orgías, donde núbiles indias, semidesnudas en sus tipoyes de hebras vegetales, escanciaban aloja y chicha en jícaras de tacuara, y quemaban en rústicos pebeteros aromas de caaysí.

Tanta era la fe con que su pueblo le obedecía, que todos los ecos de las invasiones llegaban hasta la choza oracular. Oberá los oía y consultados los astros, pronunciaba el consejo. Pero he aquí que un día, después de tantas muertes y despojos perpetrados en la patria por el hombre extranjero, cambió de revelación el arúspice: un cometa apareciera en el cielo, y su luz ordenaba la expulsión de los invasores. Oberá llamó entonces a Tapuy Guazú, el más poderoso de los caciques adictos, y mostrándole el augurio celeste, le envió a reunir los jefes en la asamblea tradicional, a fin de que concertaran

pecho nervudo; Urambia, anciano ya, que había conquistado el cacicato por su juvenil elocuencia; Curemó, con el cuello ceñido por un collar de dientes humanos, emblema de su bravura; Tannumbonó, cuya voz era rotunda como su nombre; Cuyapey, tan dispuesto siempre a la guerra, que acostumbraba venir a estas convocatorias ya apercebido de sus armas; Yaguatatí, diestro por igual en el manejo de la lanza o en el disparo de la flecha; y otros menos ilustres, más la muchedumbre turbulenta y bronceada como el río natal, engrandecidos todos por el vasto misterio nocturno, en aquel escenario de silencio que las selvas circundantes abrían ...

Oberá proclamó la orden del cielo; les prometió su ayuda omnipotente, y mostróles en manos de Guizaró el signo nuevo, que era una cruz hecha de lanzas trucas, a cuya advocación debían luchar.

Capitaneaba entonces la conquista del Plata don Juan de Garay, quien, sabedor de esta concentración guaraní, previno a Villa Rica y la Guayra, y él partió personalmente, con 130 hombres de caballería, a instalar su castro en las riberas del Ipané, sitio estratégico para defender la Asunción por el Norte. Entonces aparecieron en el real castellano los dos indios Pitum y Corazí, que venían en nombre de Oberá para retar en duelo singular a dos españoles. Ambos eran ágiles y fornidos; lucían por todo adorno sendos botones de cuerno incrustados en el mentón; y venían armados de lanzas, arcos y bolas. No intimidó todo esto a los soldados Enciso y Espeluca, quienes obtuvieron permiso de Garay para salir a lidiar con ellos. Ambos españoles se presentaron al campo armados con su rodela y su sable. El encuentro fué una doble proeza de coraje y



sangre, fué reducido a cenizas.

Los caciques reunidos en asamblea decidieron entonces la invasión en masa. Sólo el prudente Urambia, se opuso entre ellos a la guerra, invocando la superioridad de los cristianos y los signos que en otros pueblos habían augurado a los hechiceros la inevitable derrota. Oberá recordó entonces su origen divino y su misión salvadora, prometiendo a las tribus los auxilios de la tierra y del cielo. Sabedor de ello Garay, marchó al Norte de Ipané con propósito de cortar el paso a ejércitos que venían en auxilio de Oberá. Vencidos éstos, arrasó cuatro pueblos indígenas a degüello y a incendio, y contramarchó hacia el Sur a dar la batalla decisiva con los ejércitos del Paraguay y Paraná, confederados bajo el nombre resplandeciente de Oberá. Pocas batallas hubo en la historia de nuestra conquista más regadas de sangre y más glorificadas de heroísmo. Juan de Garay, él mismo, combatía como un cruzado. Guizaró quedó en el entrevero del campo, herido por un tiro de arcabuz. El diestro Guayatatí, perseguido por Martín de Valderrama y Juan de Osuna, prefirió suicidarse, clavándose en el corazón su propio dardo.

La Cruz de los indios fué rescatada. Las tribus, derrotadas y sin jefes, abandonaron en tropel la batalla, y los españoles quedaron victoriosos, aunque en vano buscaron a Oberá, que desertó de su santuario y se internó fugitivo en los montes.

Cumplido el trágico vaticinio de Urambia, tal vez el libertador, que se decía hijo de un Dios y de una Virgen, murió como

Yaguatatí o se arrojó sin esperanza en las aguas del Paraná ... Mas  
PDF created with pdfFactory trial version [www.pdffactory.com](http://www.pdffactory.com)

## XVIII - Origen noble no deseado

El pueblo argentino, al cobrar conciencia de sí mismo durante el siglo XIX, ha padecido un doble extravío acerca de sus orígenes: por lo que tenía de americano, creyó necesario el antihispanismo y, por lo que tenía de español, juzgó menester el antiindianismo. Semejante posición espiritual era el resultado de una deficiente información histórica, o deformación del pasado a través de pasiones políticas; todo ello, comprobación de que la propia conciencia nacional no había llegado a su madurez. La nueva posición que ahora buscamos ha de consistir en el equilibrio de todas las fuerzas progenitoras, dentro de la emoción territorial.

En lo que respecta a las razas indígenas, ese extravío nos llevó a un doble error: el primero fué considerar al indio civilizador de la conquista igual en salvajez y rebeldía a su sobreviviente refugiado en el Chaco; el segundo fué persuadirse a que el espíritu de nuestra subconciencia indígena hubiera desaparecido del país, porque ahora fuese nuestra religión el cristianismo, nuestro gobierno la democracia, nuestro idioma el castellano. Pero un estudio más completo de la génesis patria comienza a rehabilitar al indígena que el europeísmo proscribiera de la historia, como rehabilitará al español que fué proscrito a su turno por la pasión revolucionaria.

Nosotros no debemos olvidarnos que el régimen colonial significó la convivencia del indio y del colonizador en la aldea en la encomienda, en la reducción, en la doctrina. Los pueblos que

pues no eran idénticos los calchaquíes a los charrúas, ni los diaguitas a los querandíes; o según la época histórica, pues su conducta difirió de la hospitalidad primera a la rebelión ulterior, y del sometimiento colonial al malón contemporáneo.

Sepa el rubio porteño de hogaño que la ciudad de Buenos Aires fué poblada por guaraníes de las islas cuyameaxis, enceubes, zotocerebes; loxales, ceremelaguas y delesceumbes, sin cuya alianza Garay no habría podido someter a los querandíes rebeldes de Tobobá; y sin cuyo numeroso plantel, en rápida mestización de españoles, la segunda Buenos Aires no se hubiera salvado y por contraste, sepa el silencioso jujeño de ahora, vigilante en nuestra frontera del Norte desde el tiempo en que los humahuacas cerraron el paso a don Diego de Almagro, que su noble ciudad fué poblada por los osas, los paypayas, los purmamarcas, los tilianos, los ocloyas, los tilcaras; todos sostén de la nueva vida colonial.

Ejemplos análogos dan las otras ciudades, y no se ha de confundir a esos indios coloniales que dejaban sus dialectos por el quichua para aprender el cristianismo, y abandonaban luego el quichua por el castellano, para aprender la libertad, con los que hemos alcanzado en la selva chaqueña o en el desierto patagónico, resabio nómade y confuso de las razas rebeldes: matarás huídos de Esteco, tonocotes huidos de Concepción, calchaquíes huídos de Tucumán, y mocovíes, lules, tobas, juris, vilelas, chiquitos, yapitalagas, mohamas, orejones cristiné, zacaimbucúes, chiriguanos, maticos o guaycurús, en el Norte; y al Sur los que se han clasificado, según sus nombres pintorescos, en ranqueles de los

también sobre el gobierno, la religión, la lengua y el vestir de los españoles. Resultado de esa influencia recíproca fueron el caudillismo y la montonera de nuestra política, los mitos y leyendas de nuestro folk-lore, los idiotismos y americanismos de nuestro vocabulario, el poncho y el chiripá de nuestros gauchos. La lanza, el lazo y las boleadoras de nuestros combatientes, armas fueron del indio. De él nos viene también la habilidad del rastreador o del baquiano, y ciencia atávica de los huarpes era la de Calibar. Legado indígena son también las hierbas medicinales, el rancho de quincha, los telares de lana y los zumos tintóreos que aún usan los campesinos y del interior. Y si la lista de objetos fuera numerosa no sería más breve la de vocablos indígenas.

El haber considerado la cuestión de los indios sólo desde el punto de vista etnológico, ha contribuido también a que nos apartásemos de su recuerdo. La comprobada pureza de tal cual familia exenta de mestización ha bastado a algunos para desvincularse, por esta simple excepción doméstica, de la tradición colectiva. Han olvidado que en la conciencia de un pueblo ha de considerarse también la **impregnación espiritual del suelo y de la historia**. Los pueblos donde vivimos y los campos donde sembramos obra fueron de los esfuerzos del indio, o solar de sus lares; y ellos, como nosotros, los hollaron. Perduraciones de su carácter son la independencia, el valor y la melancolía del gaucho. El denuedo con que nosotros defenderíamos nuestro suelo es como el denuedo con que ellos lo defendieron. Muchos cantos monótonos que arrullaron mi infancia provinciana brotaron de sus

asemeja, por el solo hecho de nuestro gentilicio y de nuestra cuna, a todas las generaciones que antes de nosotros hayan respirado en la tierra argentina. Nuestro gentilicio viene del territorio que habitamos, y esto basta para sentirnos ligados a la primera estirpe que trasuntó en visión y verbo humanos la vida de este mismo territorio. Nuestra emoción ante los paisajes natales ha de ser siempre idéntica a la que turbara el alma ingenua de los indios. Nuestra pampa, nuestra montaña, nuestra selva, nuestros ríos, nuestros árboles, nuestras aves, nuestras fieras, fueron espectáculos familiares a sus ojos. El hallazgo con que ellos les bautizaron dura para nosotros, en la palabra o en la emoción. Cuando repetimos su viejo nombre indígena vuelve a vibrar en nuestra voz una onda de sus almas inmortales. Y si ante el Río de la Plata, por ejemplo, ya no repetimos el nombre de Paraná-Guazú con que ellos le designaban, en cambio el río "grande como mar" que los indios de sus riberas al nombrar describían, sugiere en nosotros la misma comparación.

Toda esa tradición indiana, ligada sustancialmente al nombre argentino, viene para nosotros desde lo viviente de la tierra y lo hondo de los siglos. Ella ha de entrar, con el bronce y el oro, en las aleaciones de nuestro tipo definitivo. Las naciones no reposan en la pureza fisiológica de las razas -quimérica por otra parte-, sino en la emoción de la tierra y la conciencia de su unidad espiritual, creada por la historia, por la lengua, por la religión, por el gobierno, por el destino.

Y esa visión de los paisajes natales -que el alma de los indios trasuntó la primera en verbo humano- habrá de ser para

El punto de apoyo de la colonización española fué la fundación de ciudades, y alrededor de ella se constituyó la nueva civilización.

Los rudimentarios centros de la primera época fueron poblaciones indígenas ya existentes, reducidas al catolicismo, o bien ciudades nuevas fundadas por el conquistador con el apoyo de los naturales. Entre estas últimas, no todas las de nuestro territorio se han salvado: así la rica Esteco del Salado, destruida por un terremoto en 1692; la populosa Concepción del Bermejo, diezmada por una peste en 1718; o la antigua Londres de Catamarca, arrasada por los calchaqués en 1562. El carácter primitivo de estas ciudades fué el de simples fortines, como los que nosotros avanzáramos más tarde par el Tandil y el Azul, durante el siglo XIX, contra los indios de la pampa. Esos fortines del siglo XVI han sido la cuna de nuestra civilización, y fueron a veces destruidos por el odio, como la Buenos Aires de Mendoza, o por el amor, como el Sancti Spiritu de Gaboto; Mangoré enamorado y Tabobá rebelde, son iguales agentes del exterminio, en aquellos dos episodios de nuestra historia.

La población destruida, por el hombre o por los elementos, renacía generalmente en su primer recinto o en tierra más hospitalaria, ya fuese destinada a nueva muerte, como la Londres de Zurita, refundada por Rivera en 1607; ya a esplendor pasajero, como la Santiago de Aguirre, inundada por las aguas del Dulce; ya a una prevista hegemonía, como la Buenos Aires de Garay, refundada sobre las cenizas que dejó el querandí.

El carácter militar de la conquista durante su primer siglo,

acentuaban su carácter comercial: así la vimos venir en la ocupación litoral, de la Asunción a Buenos Aires, y en la ocupación mediterránea, de Santiago del Estero a Córdoba. Paulatinamente, los primitivos fortines, rodeados de empalizadas y fosos, se convirtieron en sede tranquila de comerciantes, clérigos y magistrados. El virreinato acentuó en ellas este nuevo carácter; y así encontrólos nuestra revolución.

En cuanto a las poblaciones precolombinas que la conquista halló en nuestro país, su historia queda por reconstituirse. Ruy Díaz habla en su *Argentina* de una rama de los xarayes, los maneses, indios de suaves costumbres que, cerca de Santa Cruz en el Paraguay habían llegado a juntarse en una enorme población de 60.000 chozas, donde la idea del hogar era tan clara, que destinábase una por cada familia. En ese mismo libro, y en otros cronistas, abundan citas de pueblos indios en el litoral, verbigracia: uno de los prerabanzanes, cerca de Xerez, con sus casas en forma de campanas; otro de los carios, que edificaban en las altas barrancas - gente afecta a los viajes y la guerra, aunque laboriosa en la paz. Los *Comentarios*, de Álvar Núñez, donde éste relata su travesía desde el Atlántico a la Asunción, por la tierra firme, hace mención de muchos pueblos guaraníes, y aunque los designa sólo por el nombre de sus caciques y no los describe, los escasos informes que da califican una vida apacible, laboriosa y hospitalaria. En el pueblo de Tapapirazú diéronle noticias de la muerte de Ayolas; en el de Abangobi trajéronle tributos de miel, aves, harina y maíz; en el de Tocangucir hospedaron generosamente a él

origen indígena de muchas poblaciones. La terminación "gasta" en lengua tonocate significaba "pueblo" y se agregaba -como en ingles town" o en griego "polis"- al nombre de su cacique o fundador; así Nonogasta, Soñogasta, Chiquiligasta. La terminación "sacast" agregabase en lengua sanavirona, formando Chinsacat, Nonsacat, Anisacat, y en lengua kakana "ahaho" o "ao", como Sumalao, Sumamao, Colalao, Taymallahaho, Pilciao, y el propio Tucumanahaho o "pueblo de Tucuna" antes citado. Todo ello para no referirme Sino a pueblos indios cuya existencia puede comprobarse, pues habréis de saber que si se imaginaron urbes encantadas como esa de los Césares o del Gran Moxo, habitadas por misteriosos españoles, hubo también ciudades fabulosas pobladas exclusivamente por indios -así la de Orejones- chibchas fugitivos que conocieron al Inca, que vestían de alpaca y gastaban joyas de oro, según la crédula descripción de Lozano. Los unos ubicabanla en un valle de Chaco, los otros en el lago de los Xarayes, quiénes en la Isla del Paraíso, pues nunca los exploradores la encontraron lo cual hacía escribir al padre Sánchez: "*nominis in geographicis tabulis extant*"- ciudades que sólo existen en los mapas.

Entre las fundadas por los españoles, Buenos Aires y las trece capitales de provincia son las que han llegado a mayor lustre en la historia. El plano de una se repitió en todas las otras, y sobre él podríamos reconstituir toda su vida. Constaba de manzanas rectangulares, generalmente fraccionadas en cuatro lotes, que se adjudicaban a españoles, feudatarios en su mayoría. El centro de la



económicas - Audiencia, Universidad, Obispado; pero las otras evolucionaron poco, subsistiendo hasta la independencia el tipo burocrático y conventual de su fundación.

Tales ciudades fueron el centro de la vida colonial; pero no debemos creerlas solamente habitadas por españoles. Alrededor de las manzanas centrales, edificadas comúnmente de madera y adobe -de madera hasta la catedral, como ocurrió en la primitiva Asunción-, extendíanse las rancherías de los indios cristianizados, entre los cuales crecían año tras año las mestizaciones clandestinas. Su número montaba a millares, pero no obstante dicha superioridad, el contacto con los españoles, la mejor observancia de las leyes que protegían al indio, el amparo inmediato de la autoridad, la caridad e influencia del clero, terminaron por españolizarles totalmente, en sangre o en espíritu, pues el nativo mudó de nombre, de religión y de costumbres. Así se formó una buena parte de la población campesina y artesana.

Trasunto de la repartición urbana era la división que se hacía de los campos vecinos, según sus riquezas naturales o el número de indios que los habitaran prefiriendo a los empresarios de la expedición cuando ésta no se realizaba por cuenta de la Corona, a los capitanes y soldados en medida de su valor o su influencia, a las cofradías religiosas en proporción de su importancia. Esas campañas constituían la jurisdicción provincial, cuyo límite impreciso oscilaba entre el arrojío de los conquistadores y la obstinación de los indios rebeldes cuando los hubiera. Los habitantes de las mercedes rurales eran encomendados en feudos

temperamento indígena, estimulado por todo género de emociones rurales. La acción del catolicismo y del idioma no fué tampoco radical en sus almas. La religión degeneró en una serie de prácticas fetichistas no muy diversas de sus primeros mitos y si los indios abandonaron con facilidad sus dialectos locales, no fué para adoptar el castellano, pues los evangelistas preferían para sus predicaciones el quichua en el interior y el guaraní en el litoral - o sea las dos lenguas indígenas más completas y generalizadas en esta parte de América.

Tal ha sido el origen y diferenciación de nuestra población urbana y nuestras muchedumbres rurales. Sus acuerdos, sus crisis, sus guerras, sus fluctuaciones, explican toda nuestra historia interna.

Ambos constituyen el núcleo del antagonismo que Sarmiento designó después con el nombre de "Civilización y Barbarie". Pero este dilema no puede satisfacernos ya; aplicase a un período restringido de nuestra historia, y nosotros deseamos una síntesis que explique la totalidad de nuestra evolución; trasciende, además, a odio unitario, y nosotros buscamos una teoría desapasionada y de valor permanente; expresa, en fin, un juicio "europeo", puesto que transpira desdén por las cosas americanas, y nosotros queremos ver nuestro pasado como hombres de América. Bárbaros, para mí, son los "extranjeros" del latino: y no pueden serlo quienes obraban con el instinto de la patria, así fuera un instinto ciego. Por eso yo diré en adelante: "*el Exotismo y el Indianismo*" porque esta antítesis, que designa la pugna o el acuerdo entre lo importado y lo raizal, me explican la lucha del indio con el conquistador por la tierra, del

## XX - La sociedad argentina de la emancipación.

Cuando dos civilizaciones se mezclan o sobreponen, pronto aparecen nuevos tipos sociales, que el pueblo se apresura a designar con nombres nuevos. Tal ocurrió en América, cuando el suelo de las Indias los hubo diferenciado, por la adaptación o por la mezcla de los inmigrantes entre sí, y de éstos con los aborígenes. Para ver hasta dónde alcanzaba esta variedad de seres humanos y este matiz de clases sociales, nada podría servirnos tanto como el censo de una ciudad populosa. Tal era Buenos Aires, con relación a las demás, hacia fines del siglo XVIII, época en la cual llegaba a su término la evolución española y preparábase un nuevo período en la vida argentina.

Su condición de puerto daba a nuestra ciudad un incipiente carácter cosmopolita, hartamente distinto del actual, aunque no por eso menos pintoresco. Tal es la primera reflexión que nos ofrece el “Resumen del número de almas que existían en el año de 1770 en la ciudad de la Santísima Trinidad y puerto de Santa María de Buenos Aires, con la razón de los que nacieron y murieron en dicho año, según consta de los libros parroquiales, y lo que dieron las comunidades de religiosos de ambos sexos y demás” - según el cuadro impreso por Concolorcorvo en 1773. Dicho censo da a la ciudad una población de 22.007 habitantes. En esta cifra se incluía 942 individuos de cárceles, asilos y conventos; el total de la población se distribuía en los siguientes grupos: hombres

europeo y el esclavo africano. Sin embargo, los dos conocían nuestro país desde los primeros tiempos de la conquista.

En la expedición de don Pedro de Mendoza, no todos fueron españoles. A bordo de sus galeones venían:

Carlos Vumbrín, hermano de leche del emperador Carlos V; el genovés Bernardo Centurión, cuatrabo de las galeras del príncipe Andrea Doria; el capitán Simón Jacques de Romoa, natural de Flandes; Ulrich Schmidel, cronista de la expedición, bávaro; y seguramente mercenarios anónimos que fácilmente se alistaban para tales aventuras en las riberas del Mediterráneo. La dominación de España en Nápoles y el Milanesado, había establecido cierta familiaridad entre los soldados italianos y españoles. Y no sólo vinieron esos extranjeros en naves castellanas del siglo XVI, sino en barcas de su propia empresa. La primera que llegó al Río de la Plata fué una de Génova, ciudad comercial, cuya marina mercante comenzaba a visitar todos los mares. Su arribada casual a las ruinas de Buenos Aires, unió su tripulación a los sobrevivientes del primitivo fuerte. Partida de Varesse, con rumbo al Perú, llevaba mercaderías por valor de 50.000 ducados, pero tempestades del mar del Sur en el Estrecho les arrojaron hacia el Norte, obligándola a entrar en aguas del Plata. La nave fué a encallar en un banco del Riachuelo, donde se averió casi toda su hacienda. Conducíala por capitán un genovés, Palchando, por cuyo nombre los españoles llamaron La Palchanda a su nao. A bordo venían, junto con la tripulación, algunos italianos nobles, mencionados por Ruy Díaz, tales como Perantón de Aquino, Tomás Rizo y Bautista Tracho.

época. En provincias, los europeos fueron excepcionales. Las sociedades hispanoamericanas del interior los sospechaban de robo o de herejía a los pocos que hubiera -portugueses los más-, y las leyes españolas recomendaban "limpiar la tierra de extranjeros". Tales circunstancias reducían a la inmigración española al elemento blanco de nuestro país.

La influencia del africano fué, por lo contrario, muy importante en el Nuevo Mundo. En 1501 trajéronse los primeros a la isla Española, y pronto se generalizaron por todo el continente. El mismo padre Las Casas aconsejó su importación, aunque más tarde el abuso de los amos le hiciera lamentarse de ello. El tráfico de negros en América fue consecuencia de la protección que los monarcas españoles dispensaron a los indios, y de tratados con las empresas negreras, generalmente no españolas. Aceptada la igualdad de los indios en el cristianismo, y reconocida cierta injusticia en el despojo de que se les hiciera víctimas por la fuerza, las leyes buscaron alivianar su servidumbre. El mitayo de las lóbregas minas, el encomendado de inhumanas labranzas y pesquerías, fueron substituídos por el esclavo de color. Tal cosa contribuyó a salvar la raza indígena, hecho sumamente importante para el destino de América; mas aparejó con ese bien dos males: uno, el problema político de la esclavatura; otro, la nueva mestización que el amor clandestino consumara, entre amos concupiscentes y complacientes esclavas. Pero ambos males fueron menores en nuestro país que en las Antillas o el Trópico, por las diversas condiciones en que se realizó aquí la conquista. Los indios

pestes y nostalgias les consumían también, de modo que al venderlos en América se necesitaba cubrir con los salvados el precio de los que se perdían. Agréguese a ello que si las leyes de Indias imponían fidelidad y obediencia al esclavo, prescribían para el amo la obligación de vestirle, de alimentarlo, de alojarle en condiciones higiénicas, de ser piadoso en el trabajo de las mujeres y los niños. Todo eso contribuyó para que el africano fuese en el Río de la Plata no un obrero rural, porque el indio y el mestizo abundantes le reemplazaban con ventaja, ni una recua de carga o animal de labor, sino objeto de lujo y signo de señorío. Destinados más bien a la servidumbre doméstica o los oficios mecánicos que el español desdeñaba, reconcentraronse en las ciudades. Las que eran pobres, como Santiago o San Luis, no les poseyeron en abundancia. Los más pertenecieron a Salta, vecina opulenta del Alto Perú; a Córdoba, señorial y magnífica; a Buenos Aires, populosa y adinerada. Cuando Concolorcorvo pasó por Córdoba a fines del siglo XVIII asistió a una venta de 2.000 esclavos pertenecientes a las Temporalidades; observó que las religiosas de Santa Teresa poseían una ranchería de 300 y que los principales amos los tenían en crecidísimo número, algunos hasta 30 y 40. Pero estas cifras ni las de Salta y Buenos Aires sumadas, podrían compararse con las de otras regiones americanas, pues según Gil Fortul, en esta misma época la provincia de Caracas ella sola tenía 40.000 negros, sin contar los libertos. En una palabra, por la insignificancia de su número, por los oficios urbanos que desempeñaban y por el régimen de familia en que vivían, los esclavos

en nuestras ciudades y campañas, por españoles nacidos en la Península, que desempeñaban las diversas magistraturas y se denominaban, comúnmente, según el nombre de sus regiones; por españoles nacidos en América, que, gracias a privilegios hereditarios, tenían principalmente la propiedad de la tierra; por escasos extranjeros de otras naciones europeas que no influían sobre la propiedad, a no ser en virtud del mezquino tráfico que realizaran; por indios con varias generaciones atávicas de cristianismo y reducción, los cuales tenían a su cargo, preferentemente, las faenas rurales; por negros sobre quienes pesaba la esclavitud, dulcificada un tanto por la vida doméstica, los oficios manuales, o la libertad, que a veces generosos amos les concedían; por hijos de indio y de español, que se llamaban mestizos, meollo de la raza hispanoamericana, bronceada de color, valiente de ánimo, presta de inteligencia; por el descendiente de ario y de africano, que se llamaba mulato, hombre imaginativo y ambicioso, sobre cuya lealtad pesaban injustos prejuicios; por el mixto de indio y de negro, que designábase con el nombre de zambo, considerado como inferior al mulato, y por los generados en cruces de mulatos y zambos con arios y africanos: zambos-prietos, pardos, cuarterones, quinterones y saltoatrases ...

Así estaba constituída la sociedad argentina que realizó nuestra emancipación.

y de la emoción territorial. Como el hálito generador de la vida en el piélago del caos, el alma indiana preparaba esa obra desde siglos atrás en la masa oscura de las mestizaciones. La afinidad creada por ellas entre tantos elementos discordes era pasiva de por sí, puesto que aún yacía en lo instintivo de la naturaleza. Para hacerse conciente y batalladora necesitaba un ideal que la moviese a la reconquista del territorio y al restablecimiento de la justicia. Hasta que ese ideal no apareciera, todas las tentativas de rebelión fracasaron. Su obra de reparación indiana debía ejecutarse sin malograr los avances ya realizados en favor de la civilización aria por el cristianismo y la dominación española. El alzamiento victorioso de las razas precolombianas nos hubiera traído una restauración regresiva, en nombre del principio incaico, pero en detrimento de la solidaridad humana. Ejemplo postrero de ello fué la trágica aventura de Tupac Amaru, a quien le secundaron los indios desde el Ecuador al Tucumán, pero faltó el apoyo total del nuevo espíritu “americano”. Con más razón cualquier revolución de las razas negras contra sus amos blancos, hubiera sido solamente una victoria de casta, incompleta para el indianismo Y para la libertad. Ejemplo temprano de ello fué la frustrada intentona de aquellos esclavos que en 1555 atacaron a Barquisimeto y se constituyeron bajo el reinado efímero del negro Miguel y de la negra Guiomar... Y es que necesitábamos una reivindicación continental, no una guerra de razas. Los únicos preparados en América para forjar el nuevo ideal y encabezar el movimiento eran los criollos de las casas hidalgas, porque ellos reunían su



ambos progenitores españoles, o de mestizo con padre conquistador y madre nativa, tal diferencia fué visible desde la primera generación.

Dos cronistas clásicos en la historia de América -Ruy Díaz de Guzmán, nacido en el Río de la Plata, y el inca Garcilaso de la Vega, nacido en el Perú- han dejado en sus obras la confesión expresa o tácita de este sentimiento. Adviértese en la Argentina del primero la simpatía con que la escribió en 1612 este hijo de doña Úrsula, una india hija de Irala, y del capitán Riquelme soldado de Álvar Núñez; pues en el prólogo nos dice que no habiendo historia cierta de esta conquista, recogió tradiciones y se dispuso a hacerla, “como era razón, por aquella obligación que cada uno debe a su misma patria”. En cuanto a los *Comentarios Reales* impresos por la primera vez en 1609, son una apasionada defensa de los Incas y la tradición americana, pues bien se ve que su autor, hijo de un compañero de Pizarro y de Elizabeth Palla, hermana de Huyuna Capac, alentaba más simpatía por su patria cuzqueña y la raza de su madre, aun viviendo en España donde escribió...

Cito sus ejemplos, cronológica y personalmente significativos, no sólo porque la cultura literaria de ambos pudo haberles inclinado de un modo exclusivo en favor de su abuelo peninsular, cuanto porque eran ellos de los primeros blancos americanos excepcionales aún, y en su torno sonaban todavía las armas de la conquista. Después, cuando estas sociedades tomaron un carácter burocrático y mercantil acentuóse el amor del hispanoamericano por su suelo nativo. Las fundaciones

el sentimiento español en América. Agravada, por el contrario, con su sistema de privilegios en favor de los peninsulares el criollo vió ahondarse las diferencias que le separaban del español; así fuera en ocasiones su padre. Influencias en la corte, pitanzas clandestinas, venta de magistraturas y blasones o concesiones para responder a los apuros del fisco en plena bancarrota, prácticas todas aún más viciosas que el precepto, precipitaron sobre América, principalmente en el siglo XVIII, una cáfila de burócratas altaneros, o segundones en desgracia, que sólo traían su desdén para el nativo y su ilícita avidéz de fortuna, a la sombra de la dignidad eclesiástica o civil que se les confería. Con ellos venían sus pequeños paniaguados, casi todos de la clase media o plebeya, a completar el cuadro de la exótica oligarquía. Excluidos los americanos de las funciones públicas -salvo las municipales del Cabildo-, dedicábanse exclusivamente a la vida del hogar y los negocios, por donde ellos vinieron a constituir la burguesía, en sociedades donde la oligarquía formaba como una aristocracia accidental. Ellos fueron lo que se llamó en nuestras ciudades "la gente decente". Nietos en su mayoría de antiguos funcionarios y conquistadores, labraban las tierras hereditarias, tenían servidumbre de indios en sus fundas y de esclavos en sus moradas; cultivaban caña los de Salta o viñas los de Cuyo, explotaban minas los del Alto Perú o ganados los de Buenos Aires, y muchos de ellos, simples hidalgos pobres, orgullosos de su abolengo - todos se agrupaban frente al oligarca metropolitano. Incapacitados de servir a su país desde el gobierno, soportaban la afectada altanería del

virilizándose al mismo tiempo en la vida y en las faenas del fundo paterno. Arrieros los unos, comerciantes los otros, estancieros los más, adiestrabanse en el manejo del caballo, curtíanse a la intemperie de los campos amigos templaban su caracter en los peligros y el mando, familiarizabanse con el alma del gaucho y del indio, traqueaban caminos impregnándose en la emoción de los paisajes americanos; y el que tuviera condición de caudillo, cautivaba con sus zalemas y favores las simpatías de la plebe. Así cuando el hermano volviera licenciado o doctor -de Chuquisaca, de Córdoba, de Lima, de Salamanca, de Alcalá, de Madrid-, su alma, embargada por el latín de los folios y la visión de las tierras lejanas, tornaría a enraizarse en los suyos, reatandose por ellos a la tierra propia y el alma todavía oscura de la raza.

Mas he aquí que un día los jovenes peregrinos de la burguesía criolla volvieron con la buena nueva del racionalismo liberal. No necesitaran ir a Francia para ello. Bastóles ver de cerca a los liberales ministros de Carlos III que hasta aconsejaban al rey la liberación de las Indias bajo el gobierno de dos infantes de España Y como si esto no bastara habían leído a Rousseau sobre la soberanía del pueblo, a Montesquieu sobre el espíritu de las leyes, a Voltaire sobre la influencia de lasreligiones, todo ello infundido del robusto idealismo alimentado en la lectura de los clásicos familiares. De suerte que cuando las invasiones inglesas pusieron las armas del rey en manos de los criollos, pardos y mestizos, dando al pueblo la conciencia de su fuerza; cuando la invasión napoleónica presentó la ocasión de la independencia; cuando

pueblo, fundidos en nación, por el fuego sagrado del indianismo.

## XXII - Para los que miran pa' fuera es hora de mirar pa' dentro

Al llegar ese instante de la emancipación, el indianismo se engrandece tanto a mis ojos, que su brusca ascensión a semejante cima no ha sido superada en la historia de las democracias. Su gloria iluminó de pronto los tres siglos oscuros de nuestra germinación colonial, y aun le sobró a raudales la luz que necesitaba para alumbrar en lo porvenir todos los siglos de nuestra esperanza, Los que sólo quieren por objeto de su admiración héroes ajenos o proezas glorificadas en libros clásicos, pueden cerrar los ojos ante ese magno deslumbramiento de la propia hazaña. Pero pasead la vista a lo ancho del espacio, a lo largo del tiempo, y decidme si hay afirmación de fe popular como la nuestra de 1810, que haya beneficiado a una región tan vasta de la tierra como la extensión de ambas Américas; que haya redimido, no a una clase social sino a la totalidad de las clases, como la igualdad realizada aquí por la libertad; que haya hecho a los hombres una promesa de concordia mejor cumplida por las generaciones durante un primer siglo que los siglos futuros ratificarán. No es la revolución francesa, malograda en seguida por el imperialismo napoleónico, que siendo una resurrección de la violencia feudal preparó la

la toma de posesión de su territorio americano; la fusión ideal de todos los hombres nacidos en tan enorme territorio; la redención simultánea del criollo blanco excluido del gobierno, del indio cobrizo abrumado por la servidumbre, del hombre negro explotado por la esclavitud; la fundación de numerosas repúblicas cuyo régimen no ha sido destruído después; y la proclamación de la igualdad, la libertad y la fraternidad, ofrecida más tarde a todos los hombres del mundo, como promesa de solidaridad en la obra común de la civilización.

Credo tan complejo sólo puede germinar en el alma del criollo, quien fué, después del indio precolombino, y cumplidos tres siglos de transición -como un segundo avatar de la conciencia indiana. En aquel momento de los intereses universales, sólo él pudo alcanzar en América el equilibrio en que se conciliaban los instintos aborígenes con la justicia universal. A. esta última habrían podido comprenderla los hombres de Carlos III; pero éstos, siendo españoles, no habrían podido realizar la libertad sino en beneficio de España pues les era imposible realizarla en perjuicio de la corona. Pero el criollo, al asimilar las ideas del siglo XVIII y al sentir en su propia vida la injusticia del régimen colonial, llegó, forzosamente, a un concepto de libertad americana que devolvía a sus nativos el gobierno de América y a un concepto de Igualdad social que amparaba en sus beneficios a las clases serviles. Éstas, acaso, no estaban preparadas para comprender su doctrina; pero estaban ligadas a él por una afinidad de rencores y de amores que los unía mejor. El gaucho, con su gota de sangre hidalga, era su

liberto, de espurio, y si esclavo, vendido a menos precio que un esclavo africano, pues un esclavo negro costaba 1.500 pesos fuertes, mientras un mulato no valía 500!... Todas estas pasiones se concretaron en torno del nuevo ideal que concibió, para gloria y fortuna de América, el criollo hidalgo de las ciudades, fuese jurisconsulto como don Mariano Moreno, industrial como don Hipólito Vieytes, clérigo como fray Justo Santa María de Oro, militar como don Martín Güemes, profesor como el deán Funes, hacendado como don José de Ormaechea, poeta como don Vicente López y Planes -todos a un tiempo convertidos en brazo militante del propio ideal. Ellos dieron de su alma y su brazo el paño y el asta de la bandera que la muchedumbre de los nativos adoptó por suya.

¿Cómo pudieron los hidalgos criollos captarse la simpatía de los indios, si ellos, en su casi totalidad, descendían de españoles? ¿Cómo pudieron atraerse la adhesión de los negros, si ellos, en su casi totalidad, formaban la burguesía de los amos? ¿Cómo pudieron atraerse la de mulatos y cholos y demás mestizos, artesanos de las ciudades o peones de los campos, si ellos, en su casi totalidad, se engreían por la pureza de su sangre? ¿Qué fuerza omnipotente y súbita venció la tradicional contradicción de nuestras razas o clases sociales en una nueva unidad? He ahí una cuestión que no acostumbramos plantearnos los argentinos, pero cuya solución esclarece nuestro porvenir y mitiga las alarmas patrióticas que solemos sentir en presencia de las nuevas mestizaciones. Lo que unió a esos hombres diversos por la raza, la genealogía, el color, la

Sentir el suelo propio y ese ideal amarlo y militarlo, eso fué lo que constituyó el segundo avatar de la conciencia indiana. Fué la primera el alma del indio; pero la patria elemental que él concibiera, elevábase por esta otra a una dignidad universal y civil. El primitivo aborigen, con su patria sensual y geográfica, renacía en el núcleo de esta nueva conciencia, pero ennoblecido por un ensueño histórico.

Para dar cima a ese ideal como conductores del pueblo, los hidalgos criollos habían sido admirablemente forjados por el atavismo, el medio ambiente y la educación, El atavismo, salvo ligeras mestizaciones, les adhería al viejo tronco hispánico, salvando en ellos, para después de la guerra, la continuidad de nuestra historia el medio ambiente les arraigaba en la tierra indiana y les unía, por afinidad de emoción, al alma de los indios y de todos los hombres futuros que hubiesen de nacer en este suelo; y, por fin, la educación abría sus inteligencias a la comprensión de las ideas universales, preparándoles para la obra difícil de la libertad y del progreso. Instinto, sensibilidad e inteligencia, las tres sumábanse, por los antedichos factores en la unidad vibrante de sus almas indianas. Por eso llegó su obra a magnitudes heroicas; por eso nuestra guerra no significó un retroceso para la civilización; por eso la conflagración beligerante se extendió a toda la tierra indiana; por eso el nombre de "criollo", restringido en la colonia al hijo del europeo, se aplicó después a todo nativo insurgente, así fuese indio o esclavo; por eso "criollo", "patriota" y "americano" fueron las tres divisas de la independencia frente a "godo" y

### XXIII - La constitución espiritual de la Argentina

La libertad hispanoamericana y la constitución de nuestras nacionalidades no fué cuestión de razas en el sentido estricto de este vocablo. Fincó en la tierra y el ideal indiano; por eso fraternizaron en la obra todos los nativos, ya fuesen blancos de origen europeo como Alvear, semitas africanos como Falucho o cobreros. indígenas como los aliados del ejército de Buenos Aires en el Alto Perú. Si hubiera sido cuestión de raza, los hidalgos criollos que teorizaron y propagaron la revolución habrían estado con los españoles, de quienes descendían, pues casi todos ellos mostraban ejecutoria de nobleza o prueba de sangre. Españoles eran, además: no sólo por la genealogía y el nombre, sino por el tipo, la lengua, la religión, el vestido, las costumbres y hasta las Universidades donde habían estudiado. Eran indiano sólo por la cuna y muchos lo eran en primera generación; pero eso bastó para contrarrestar, por la caracterización del ambiente o la atracción del suelo nativo, todas las influencias atávicas. Patriota como el doctor don Francisco Gurruchaga, diputado por el cabildo de Salta a la Junta de 1810, era no sólo vástago de pura cepa española, sino vástago de noble alcornica, arrancado a su tierra natal durante la infancia y llevado a España, donde estudió y vivió en el medio de las altas clases hasta 1808. En



veces fuera ese hidalgo criollo el enemigo del gaucho en el estrado judicial, del indio en el latifundio, del mulato en la ciudad, del esclavo en la merca, del cholo en el salón -llegado el instante de la guerra se unió con ellos, en nombre de la cuna común y de la libertad indianas. Correligionarios de los liberales de América fueron los liberales de Cádiz. La emancipación vino, al término de tres siglos, como una fatalidad geográfica, y la nueva sociedad de las Indias vió germinar aquí ideas sembradas desde los tiempos de Carlos III, mientras allá se malograron por la ineptia de Carlos IV, por el despotismo napoleónico y por la restauración de Fernando VII, a favor de todas las monarquías coligadas.

Seguir la historia de las naciones tan sólo por sus peripecias dramáticas, lleva al error en que nosotros hemos sido educados: el creer que las sociedades cambian sustancialmente apenas cambian sus instituciones políticas. Pero si buscamos la continuidad de la historia en la vida pacífica de los hogares y las almas, veréis que después de 1810 seguimos siendo tan españoles por nuestra civilización, como antes de 1810 éramos ya argentinos por nuestro territorio.

La obra de los conquistadores ha sobrevivido para nosotros en tres elementos fundamentales de nuestra constitución espiritual: el honor, que es el régimen de nuestra moral doméstica y sólida base de nuestra familia; el cristianismo, que es la norma sentimental de nuestra vida pública y base de nuestra instituciones democráticas; el castellano, que es el idioma de nuestros pensamientos y el signo intelectual de nuestras nacionalidades y su cultura.

organización externa de los estados, o a la psicología personal de sus individuos. Hablo aquí de una cosa antes no dilucidada en nuestro país: la constitución espiritual del pueblo argentino.

Se equivocan asaz quienes crean que nuestro pueblo modificará su íntima constitución espiritual, porque después de 1810, España haya dejado de enviar a Buenos Aires sus virreyes, y porque después de 1910 Italia siga enviándonos su inmigración e Inglaterra sus capitales. Inmigrantes y capitales, todo será absorbido por la tierra indiana, como lo fueron antes de la Revolución las cosas y los hombres que los virreyes regían. La constitución espiritual de un pueblo o sea - su efigie interna; la fuerza inmanente de su alma colectiva; la imagen de él que le preexiste y le subsiste; aquello de que sus instituciones, sus riquezas, sus ideas, sus obras todas, no son sino transitorias encarnaciones- eso se ha definido ya en nuestro país; y como nada se malogra en la historia, la eternidad de nuestro pasado está ya en ella, preñada de futura eternidad.

Reposa la psicología del pueblo argentino ante todo en su poderoso instinto territorial. Éste es un elemento común a todos los pueblos, y es algo así como el nexo que une el suelo con la verdadera constitución espiritual del pueblo que lo habita. Por consiguiente, no podrá esclarecerse dicho instinto sino estudiando las diversas formas en que la conciencia de la propia tierra se manifestara en sus habitantes anteriores, y estudiándola a aquélla tal como hoy la poseemos. Lo primero nos liga directamente a los primitivos indígenas, y hace de ellos nuestros antepasados espirituales, cualquiera que sea nuestro abolengo, la sangre

Por debajo de todos ellos y de, las alternativas históricas, la fuerza del indianismo, el influjo de las tierras americanas, está oculto y presente como un instinto colectivo. Por eso cuando el hidalgo criollo proclamó la emancipación en nombre de la libertad -dogma de origen europeo-, todas las muchedumbres nativas le apoyaron, porque ese dogma favorecía aquel instinto. Mas cuando casi todos los hidalgos criollos acordándose del color de su piel y de la alcurnia de sus linajes personales, quisieron apartarse de las muchedumbres nativas y usufructuar en beneficio propio la conquista amasada con la sangre del pueblo -entonces la legión gloriosa se trocó en montonera, y atropelló contra los que auspiciaban la monarquía o contra los que auspiciaban el unitarismo, o contra los que auspiciaban el "localismo" porteño en contra de la unidad argentina: Moreno contra Liniers, Dorrego contra Rivadavia, Avellaneda contra Tejedor: -fácilmente percibiréis en esas perentorias personificaciones, cuáles fueron movidas por el indianismo territorial, durante los tres períodos en que tales héroes actuaron.

Esa alma argentina brotada de nuestro territorio, cuando ya fué conciente de sí misma, conciente de su suelo, conciente de la humanidad -llegó a pedir su sitio entre los pueblos libres agitada por un bello movimiento dramático. Los grandes actos épicos parecían hasta entonces propios de los pueblos que ya hubieran conquistado su personalidad, pero el nuestro la conquistó entre el tumulto y el brillo de sus actos heroicos; llegó flameando al viento

## XXIV - El Himno

El himno que cantara nuestro pueblo desde el primer instante de la gesta, fué un himno fervoroso a la Libertad. Grito de guerra ante el trono de los virreyes, fuera a su vez un salmo de concordia ante el altar de la Patria. El ritmo del decasílabo heroico traducía en su agitación el tumulto de las ansias del pueblo y la unción de su canto tenía la serenidad de la esperanza ... Tal volvemos a oírlo, cien años después; briosa la letra como la acción de aquel día; solemne la música como la unción de su gloria ... Deplorable modelo de retóricas, los acentos que le falten o las sílabas que le sobren, no le han impedido volar sobre los claustros académicos, porque fué lanzado su verso agudo al ámbito donde vuelan las flechas. Para eso no le consagró el veredicto de los certámenes florales, sino un senado de patricios; ni le estrenó el orfeón de las verbenas, sino la épica hueste que cumplía al morir el juramento del coro rugiéndole en la batalla por sus mil bocas roncadas de sangre:

*Coronados de gloria vivamos  
o juremos con gloria morir.*

Ese himno tomó su inspiración en la propia tierra conflagrada donde debía cantarse. A pesar de las reminiscencias clásicas entonces en boga, prefirió la simplicidad y rudeza de las cosas americanas. El único nombre exótico que entre ellas asoma es el de Marte, pero embelleciendo con su prestigio los rostros bronceados

odio de razas, sino bandos de ideas, pues no en vano estaba con los criollos de Buenos Aires el español Larrea, y con los españoles de Salta el criollo Zorrilla. Luchábamos sólo por la república, al servicio de una forzosa reivindicación indiana; mas cantábamos nuestro credo en castellano para que todos los hermanos de América nos oyese, hasta en las zonas remotas del viejo Méjico; y para que el mundo, al oírlo, supiese que no rompíamos por la independencia el lazo mental que nos ligaba a la civilización europea. Por eso el himno anunciaba a los libres del mundo el advenimiento de la nueva nación, manifestándose también en ello el instinto de solidaridad humana que presidió nuestra historia.

La nueva patria, todavía latente en el sueño de sus fundadores, aparece en el himno multiforme y quimérica como una deidad. Ora es Buenos Aires que se pone, como en la sexta estrofa, al frente de los pueblos unidos. Ora es, como en la estrofa final, toda la América cuyo nombre resuena desde un polo hasta el otro en el clarín de la fama. Y es que las nacionalidades hispánicas constituyéronse más tarde, creando formas externas necesarias a la evolución de nuestros pueblos, en tanto que el himno, inspirado por el esfuerzo mismo de la guerra, brotó del alma indiana, en ese instante de convulsión emancipadora, que concentraba en la estirpe criolla el amor de todas las comarcas americanas y el recuerdo de todas sus encarnaciones históricas. Ese canto glorificaba el heroísmo argentino, vencedor en San Lorenzo, en Suipacha, en Salta, en Tucumán; pero vibraba de cólera patria al ver a los enemigos comunes esparciendo el horror y la muerte sobre el lejano Quito o

*de la patria el antiguo esplendor.*

Grito de guerra y salmo de esperanza -nuestro himno contiene en sí dos movimientos espirituales propios del indianismo en el primer instante de su emancipación: movimiento de agresión el uno contra enemigos accidentales; movimiento de esperanza el otro-, todo él animado por un ensueño de libertad. Era lógico, pues, que pasada la guerra, callaran los clarines de la batalla. El indianismo emancipado y triunfante, no podría desconocer que el adversario de 1810 había dejado de serlo, apenas las legiones realistas abandonaron para siempre nuestro territorio. El pueblo vencido era, ante todo, nuestro progenitor. La gloria de nuestras armas consistía, además, no en haberle vencido, sino en haber usado de la victoria para crear una sociedad más justa, un estado más libre, un pueblo más hospitalario. Renovar entre las alboras de la paz rencores que nos habían servido en la demolición de la guerra, era funesto a nuestro destino y contrario a la hidalguía ibérica de nuestras almas. Vilipendiar a España era, por otra parte, vilipendiarnos a nosotros mismos, puesto que su sangre, su familia, su religión, su espíritu, sobrevivían en nosotros, todo, hasta el idioma en que la mancillábamos. Lo único que la guerra había modificado eran las instituciones políticas, creando las que el indianismo necesitaba para realizar su obra local. Y el himno frenético de 1813 acalló sus estrofas hostiles cuando a la luz tranquila de la historia, el pueblo argentino vió rampar en un cuartel de sus blasones al león heráldico que la musa guerrera pintó desquijarado por sus robustos brazos, y

con apolínea serenidad y varonil entusiasmo. La memoria de ninguna ofensa oscurece sus ojos, el ansia de ninguna venganza enronquece su voz. El sentimiento patrio se levanta sobre ellas con la majestad de los cóndores triunfales sobre la aspereza de las crestas andinas. Generoso y optimista en su juventud, ofrece al mundo sus dones y oye que el mundo lo saluda proclamándole grande. Si habla de la vida la desea eterna y coronada por los laureles del triunfo que conquistó su valor; si habla de la muerte la desea heroica, o sólo como castigo de una vida sin gloria; si habla de tronos, ya no es de los que destruye, sino de los que levanta a la igualdad ennoblecida; si habla de trofeos, ya no es de los que arrebató al vencido, sino de los que trae a la patria como presea de su libertad. Una absoluta confianza llena el pecho de la raza nueva, al modular ese canto, y el gesto militar no asoma entonces sino en el paso denodado con que emprende su marcha hacia el porvenir. Himno que se cantara en Chile, himno que se cantara en el Perú, himno que ha resonado durante un siglo bajo los ámbitos de nuestro cielo, cuando la muchedumbre coree su música religiosa y solemne, sienta vibrar en sus entrañas el fuego santo de la antigua epopeya; y engrandecido por ese verbo hasta la majestad de su soberanía mire el pueblo en la tierra de la patria su trono, y en sol de las Indias su diadema.

vieja dinastía y ara del viejo culto, proclamó Castelli, ante las tribus y las legiones de la patria, la liberación del territorio y la igualdad de los nuevos hombres americanos que venían a continuar con la historia, la interrumpida empresa del indianismo:

La legión emancipadora que a raíz de los sucesos de mayo partiera de Buenos Aires, hallábase un año después en la frontera norte del virreinato. Había jornadaado la vasta zona que media del Plata al Desaguadero, recibiendo en los pueblos el apoyo de los cabildos provinciales o la adhesión de los curacas indios en la meseta alto-peruana. Castelli, que conducía aquel ejército, era la encarnación más viva del espíritu porteño -entusiasta, ligero y locuaz-, cuyas cualidades y defectos poco han cambiado desde entonces. Agente de la emancipación en las provincias, lo mismo la hubiera salvado con su arrojo que la hubiera perdido con su irreflexión. Diez ciudades le vieron a su paso imponer por la sangre o la palabra el credo democrático de Moreno; pero el ideal de la Junta, tan ponderado en la mente del admirable secretario, simplificábase hasta el jacobinismo en el corazón del intrépido Representante. Su verbosidad se derramaba igualmente en el brindis de los banquetes salteños, entre damas gentiles, que ante las tribus estupefactas, en el sermón diabólico de sus misas de Viacha. Libertad e Igualdad eran su único credo: por ambas palabras se declaraba enemigo de Dios y del rey, Las ideas exóticas prendían con facilidad en su inteligencia, pues poseía la mentalidad marítima de los hombres del puerto. Pero viajar al interior, volver de nuevo a Chuquisaca, por entre campos conocidos antaño, camino de la



chapuzón la cáscara del europeísmo y de universidad que lucía, la pulpa de sus buenas ideas francesas sólo sirvió para nutrirle entonces aquel instinto. Sensual y vanidoso como era, hasta esos dos defectos le ayudaron para encontrar un bello gesto americano el día de la proclamación. Castelli mostró aquel día, por uno de esos actos que sólo la raza inspira, cómo los hombres de Indias podían asimilar sin bastardearse ideas exóticas, y cómo éstas podían, a través de su sensibilidad, cobrar nuevo significado en las fuentes de la propia tradición, y nueva belleza en el escenario estupendo de los paisajes natales.

La proclamación de la igualdad argentina en las ruinas de Tiahuanaco, es el acto más lleno de teatral indianismo que haya consignado la historia de nuestra emancipación. Eran aquellas ruinas el monumento más prestigioso de la arquitectura quichua. Los indios de las inmediaciones le atribuían una data preincaica y un origen divino. Ya en tiempo de la conquista mostraban estas construcciones comienzos de ruina y huellas de una remota antigüedad. En presencia del español Juan Varagas, que tenía encomienda sobre las tribus locales, preguntaba Cieza de León a unos indios si los Incas habían sido los autores de aquellos palacios. Y los indios al oírle sonreían, asegurando que, según la tradición, eran anteriores al establecimiento de la dinastía. Manco Capac, al fundar el imperio, había vacilado, siendo Titicaca su cuna, si debía establecer cerca de ella su capital. La triple muralla del Cuzco construyéronla los Incas sucesores a imitación de los muros de Tiahuanaco; pero éstos fueron alzados por manos so-

legión, -vestida de chiripá y armada de tercerolas y lanzas-gauchos, negros, cholos, mulatos, peones de las campañas o artesanos de las ciudades. Y engrosaban la muchedumbre, encrespando los suaves collados, todos los pueblos montañoses, que al mando de sus curacas o caciques tradicionales habían prestado acatamiento a la Junta de Buenos Aires. Convertidos al cristianismo, pero indígenas puros en su mayoría, veían al Representante como al restaurador de la antigua vida indiana, pues no otra cosa significaba para ellos la revolución, al oír la alzada contra los amos extranjeros que asesinaron a Atahualpa. Bajo sus ponchos decorados por figuras geométricas al estilo de sus huacas arcaicas o sus piedras míticas, aquellos millares de indios traían sus hondas y sus chuzos para ofrecerlos a la revolución. Todos venían para oír la palabra de liberación y de igualdad en los labios del hidalgo criollo; blanco, pero hijo de la tierra como ellos.

Acaso eran los indios, en la simplicidad de su patriotismo territorial, los que mejor sentían la emoción de aquel instante y la sugestión de las ruinas cercanas inmóviles en su altura de gloria. Pero tanto como ellos sentía el jefe blanco, quien volvía por la curva de las ideas universales, al hogar imperecedero del indianismo. La tierra y el ideal identificaban a unos y otros en una sola emoción. Castelli, vanidoso y sensual, debió sentir como ninguno la gloria de aquella escena que él mismo fraguara, al aparecer -la figura arrogante- sobre las rocas del derruido palacio de la justicia que aún se llamaban “los escaños del Inca”.

La mirada de sus ojos profundos paso quizá por la rumorosa

desvanecía, allá lejos, sobre los horizontes y las cumbres, la mirada del Héroe se volvió hacia las ruinas como evocando la sombra de los penates indianos de quienes se sentía solidario y continuador.

En medio del silencio que engrandecía a los hombres y a las montañas, el representante del gobierno libre proclamó la igualdad de los que le oían. Anunció entonces a los pueblos la esperanza de la futura república. Y como preguntase a los indios emancipados qué pedían para su felicidad, le respondieron en coro: -“¡Abarrante, Tatay!” -¡Aguardiente, señor!, pedían en su jerga, desde lo profundo de la secular ignominia...

No escapaba a los héroes el problema difícil de semejante república. Pero en el frenesí de la tierra y el ideal comunes, se prometían elevar la raza hasta la dignidad de las democracias verdaderas. Desde allá partimos, y las ruinas de Tiahuanaco nos miraron partir. Ya sin sus vírgenes el convento de las sacerdotisas solares; saqueados por el antiguo invasor los iconos de oro que decoraban el templo, apenas si las vastas murallas ciclópeas se levantaban como un testigo colosal sobre los alcores andinos, integrando en solemnidad y grandeza la visión de la circundante montaña ...

XXVI - Una tierra para todos los hombres libres

bástenos comprender una de ellas: la más clara entre todas:

-“A los que quisieran venir a vivir con nosotros les daremos tierra.”...

Los que tal cosa anunciaban no eran hebreos, como Aarón Leví pretendiese, ni eran tampoco tibetanos atlantes. Eran, por asimilación o creación, indios de América, indios que hace doscientos años ofrecían a los hombres de buena voluntad el don indiano que nosotros debíamos ofrecerles, doscientos años después.

Al constituir la unidad nacional con el objeto de afianzar la justicia, consolidar la paz interior, proveer a la defensa común y promover el bienestar general -buscábamos asentar en todos ellos los beneficios la Libertad para nosotros, para nuestra posteridad y “para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino”. Era, como veis, la promesa antigua que los indios de Quito hacían en 1644 a un extranjero:

“A los que quisieren venir a vivir nosotros les daremos tierra”- don de la tierra ahora engrandecido por la promesa de la libertad...

Cuando vuelvo los ojos, con visión religiosa, a lo hondo de nuestro pasado continental, se turba mi alma al descubrir cómo asoman en la primera encarnación del alma indiana larvas de Ideas y sentimientos que en su segundo avatar se han definido como fuerzas colectivas, en lo inmanente de las nuevas sociedades americanas. Venga en buena hora la crítica histórica a aquilatar nuestras fuentes coloniales, a discernir la leyenda de la verdad, venga asimismo la sociología determinista a demostrar las causas económicas de nuestros cambios externos o el origen francés de

demanda de seres humanos para renovar eternamente su espíritu? ¿ Quién nos había enseñado esa actitud hospitalaria que supimos asumir ante el mundo, sino ese mismo numen continental cuando al ser inminente la expansión ultra oceánica de Europa dictó palabras de fraternidad a los primitivos caciques de las Ántillas o el Plata y a los suntuosos emperadores de Tezcucu y el Cuzco?

Todo nos induce a creer que nuestro continente considerado "nuevo" en la historia de la Humanidad, éralo también en la formación de la tierra. Aquí, en las zonas más australes de América -Justamente las que se hallan ligadas a nuestro núcleo del Plata- muestra mejor que en otras en otras zonas lo novísimo de su formación.

Tierras y lagunas saladas, fósiles marítimos en las altas regiones andinas, médanos movibles sobre las pampas atlánticas, bajíos aún cubiertos por las aguas sobre aluviones en ascensión -todo eso parece mostrarnos un continente todavía húmedo y arenoso de su reciente génesis marítima. Alzado en medio del Océano como una tierra neutral, fué desde sus orígenes refugio y término de inmigraciones, como si nuestras Indias hubieran nacido para realizar un destino de Fraternidad, necesario a la salud de los hombres, después del Asia que nos diera la visión más profunda de la Muerte, y de Europa que ha realizado la más intensa concepción de la Vida, Obra filosófica, religiosa y contemplativa la primera, llegó al funesto extremo de sus negaciones, inmovilizando al hombre por el fatalismo o el Nirvana, ante la esfinge negra de la Eternidad, Obra política, mecánica y activa la segunda, ha traído al

decían enviados del Sol, a quien adoraban por padre y por Dios, para unificar los pueblos de América en una ley, una religión y Un idioma. La suplantación de las bajas idolatrías locales por el rito solar; de los dialectos autóctonos por el quichua civilizador; de los caciques bárbaros por el curaca imperial, fueron actos sistemáticos decisivos en favor de una civilización indiana.

La economía interna del imperio, fundada en una suerte de, colectivismo agrario, acentuaba ese carácter democrático y fraternal de la sociedad indiana, donde la aristocracia, mas que un privilegio opresor, comportaba las cargas de un protectorado sacerdotal sobre las diversas clases y comarcas del reino. Empresa tan extraordinaria habíase extendido por el Sur hasta el Tucumán y Chile, cuando la súbita y vigorosa expansión del alma europea vino a interrumpirla y a malograrla, al salir aquélla de su sede continental Sus propios reyes habían anunciado el desastre, prestando oído a las voces fatídicas que desde lo oculto de nuestra tierra y nuestro cielo señalaron la grávida vibración del alma europea, próxima a derramarse sobre el mundo por la imprenta, la navegación, la pólvora, después del Renacimiento, verdadera liberación de la naturaleza, y de la Reforma, verdadera liberación del espíritu.

Destino así bosquejado antes del descubrimiento acentuóse después de la Emancipación cuando la conciencia indiana del aborígen ancestral renació en los ideales de la estirpe criolla. Durante los tres siglos coloniales, una nueva unidad espiritual se había constituido, gracias a lo cual el alma de América volvió a

unidad del idioma ibérico en la casi totalidad del nuevo mundo, son caminos que nos conducen ya a la realización de un vasto ensueño americano. El ideal de solidaridad humana, que es característico de los pueblos del Plata, parece movernos a iniciar en esta parte del mundo la nueva civilización y a realizar este esfuerzo continental por la felicidad de los hombres. El preámbulo de nuestra constitución, credo escrito de donde brotan nuestra política pacifista y nuestra economía de inmigración, es la afirmación más generosa que pueblo alguno haya realizado en favor de todos los hombres. "A los que quieran vivir con nosotros les daremos tierra" -según ya lo decían los indios a Aarón Leví; pero esto no significa -según algunos lo pretenden- que la Argentina haya de ser una sucursal de las naciones o un asilo de nuestros adversarios. No quiere ella ser factoría de Europa o sede de diversas colonias extranjeras, pues dejó de ser una colonia de España porque ansiaba las glorias de una patria para la tierra de sus hijos. No quiere América tampoco realizar ese destino de fraternidad humana si ha de ser con sacrificio de su alma y de su tradición. Los que ahora la defendemos de los continentes enemigos traemos en nuestra fe la fuerza esclarecida del indianismo; antigua, disciplinada y segura como las fuerza; de la Naturaleza.

indígenas no sobrevivieron al descubrimiento, y que las nuevas sociedades creadas por la conquista eran exclusivamente españolas.

Atentos a los cambios dramáticos del progreso, nadie quiso escrutar, dentro de las movibles formas externas, la corriente silenciosa, intrahistórica, permanente, de nuestra verdadera civilización argentina. Habría bastado meditar sobre el significado geográfico de nuestra propia denominación gentilicia para comprender que el pueblo creador de la independencia era anterior a la independencia misma, y viejo como el nombre del territorio que ese pueblo habitaba. Igualmente ese pueblo, que tardó tres siglos en constituir su conciencia colectiva, no tenía por únicos antepasados al grupo escaso de conquistadores y colonos, sino a éstos y a los millares de indios anónimos que les ayudaron, a abrir caminos, a fundar ciudades, a apacentar ganados, a cultivar sementeras, a explotar minas, a navegar ríos, a someter rebeldes, a procrear criaturas. La tierra argentina, ésa era nuestra madre común -tálamo y crisol de la raza.

Por consiguiente, es en el indianismo donde ha de buscarse el origen y continuidad de nuestra historia

El influjo territorial había modificado al indio abocetando torpemente nuestro tipo futuro, con elementos autóctonos que se remontaban al hombre fósil del pampeano medio, o con forasteros inmigrantes peregrinos del Asia, peregrinos del África, peregrino; de la sumergida Atlántida. El indio fue como una primera encarnación del alma humana en la historia de nuestro continente; pero el destino de América, destruyó la prístina estirpe,



indio y al español. El genio del nativo puro, en lo que tenía de indolente, de supersticioso y de sensual, impurificaba todavía, algunos tipos de la segunda creación, incapacitándoles para la comprensión de las ideas universales y la práctica del progreso. Asimismo el genio del conquistador, en lo que tenía de advenedizo, de autoritario, de europeo, bastardeaba también algunos tipos en el extremo opuesto de las clases elevadas, incapacitándoles para el arraigo de una civilización verdaderamente americana. El ideal que nuestro destino buscaba no podía ser ni en la tribu del Alto Perú que pedía aguardiente a Castelli su libertador; ni la hueste ebria que seguía las banderas del Chacho, su caudillo; ni el pueblo sedentario que soportaba la tiranía de Ibarra, su gobernador. Mas el ideal perseguido no podrá ser tampoco el diputado de 1819 que quería traernos un monarca europeo ni el constituyente en 1803, que pretendía trabarnos la libertad religiosa, y el estadista contemporáneo que entregaría nuestro patrimonio a la extranjera. Hombres indianos con solo el instinto territorial y el heroísmo de su defensa no nos faltaron, desde el cacique Oberá hasta don Juan Manuel de Rosas; pero esto solo no fuera suficiente a la obra de la civilización. Hombres exotistas con la pasión del progreso a costa del exterminio, no nos faltaron, tampoco, desde don Juan de Garay hasta don Torcuato de Alvear; pero esto solo no fuera suficiente, a la obra del patriotismo. Necesitábase una conciliación de ambos extremos, porque cuando el indianismo faltó del todo nos dio almas decorativas pero vacuas, como la de Saavedra, y cuando faltó la disciplina de las ideas universales, nos dio almas hermosas pero

que en ella realizáramos por la fecundidad prodigiosa de esos cuatro elementos -la tierra, la fraternidad, la libertad y el idioma- una obra espiritual que llevara más allá de sí misma el nombre del alma argentina.

El destino de nuestra América obró como el artífice exigente que destruye a golpes la primera estatua cuando ella no satisface su ambición; pero utilizando en liga de mejor ley el bronce donde plasmó la obra destruida, funde la nueva imagen, buscando siempre en solidez y belleza la forma de un tipo ideal.

Esta segunda encarnación indiana, estudiada en sus arquetipos representativos de la independencia y la organización nacionales, puede considerarse como el "hombre" que el destino de América necesitaba, para incorporarse con una estirpe y una obra propias al acervo de las creaciones universales. No en sus formas embrionarias del mulato, del gaucho, del cholo, del zambo, del compadre -desaparecidos algunos ya, condenados los otros a desaparecer por la cruz, el industrialismo o la educación- sino en su forma sintética y alta del hidalgo americano, capaz del patriotismo y la civilización, es una estirpe que vivirá en América, que enseñará el modelo de redención a las diversas clases sociales y que retendrá durante siglos la dirección de su cultura. Él fué capaz, por la fascinación de su voz o la fuerza de su brazo, de fundir en torno suyo un nuevo pueblo, de elevar hasta las cimas del ideal y del heroísmo a seres individualmente inferiores, de proclamar ante el mundo los más generosos credos de la

convicción, si persisten en considerar la propia historia como una cosa discontinua, colonial y subalterna, pero no si la estudian con la autonomía de criterio que el indianismo aconseja libre de toda servidumbre intelectual o preconcepto europeo. Esa lenta infiltración europea podría impurificar pero no destruir al hombre americano, tal como le viera el siglo XIX en sus instantes de gloria, puesto que tiene este en su apoyo la fuerza caracterizante del territorio indiano, la gloria y la experiencia de su pasado las leyes políticas de la sociedad que gobierna, y las disciplinas intelectuales de la educación que dirige. Defendidos por esas conquistas de la historia, perpetuemos el tipo espiritual de los fundadores; sigamos dirigiendo en América la obra de la civilización; elevemos hasta nosotros las clases inferiores de la sociedad; esclarezcamos la conciencia de los nuevos ideales americanos en el alma de los nativos; no perezamos por insuficiencia como el indio, y seamos tales que la inmigración sólo nos obligue a integraciones o pérdidas parciales, necesarias a la civilización de América, como quien lima y pule, sin destruir la refundida estatua del apólogo. Enarbolemos todas las banderas humanas, pero nutramos nuestro espíritu con savia de nuestro suelo y de nuestra estirpe, procurando, ante cada problema, el equilibrio de todas las fuerzas progenitoras dentro de la emoción territorial.

progreso, fraternidad, de democracia; y que ha producido, sólo dos generaciones, arquetipos como San Martín, Moreno, Belgrano, Sarmiento, Alberdi, Mitre, hombres que en vida prolongada y ardiente, supieron elevarse a la escabrosa altura de los héroes clásicos, adoctrinando a su pueblo con prácticas de labor, de interés, de amor, de sacrificio, de inteligencia y justicia humana.

¡Pensad lo que podría llegar a ser este pueblo del Plata que tiene en su tierra y en su raza tales surgentes de idealismo y semejantes moldes de heroicidad! Mucho de la actual grandeza material - agropecuaria- es el producto indirecto de aquella formidable siembra de idealismo, pero olvidando que pequeña tribu "indiana" sigue entregando su sudor en la proficua gleba, como antes entregaba su sangre en la porfiada batalla, y que de su carne siguen saliendo los actuales conductores de la patria-se la baldona porque no hizo más, sin ver que el desmirriado y desarmado montón traía a sus espaldas tres siglos de servidumbre colonial, y que tenía delante la extensión aterrorizante de su propio desierto. **Fuerzas extraordinarias debe tener en su alma ese pequeño pueblo,** si no ha sucumbido en un siglo a las empresas heroicas que voluntariamente se impusiera; a las pestes, ignorancias, guerras y tiranías que lo azotaron; a las promesas de gloria, de riqueza y de redención humana que formuló ante el mundo, y que viene realizando en condiciones sociales y geográficas para sí mismo tan adversas.

Cuéntanse los enemigos de esa vieja raza argentina **-medula de nuestra raza futura-** entre los mismos hombres de afuera, que han venido a pedir su hospitalidad; o entre sus propios desertores, que

**social**, pues la función que realizaron los otros fué conducida por el amparo clarividente de nuestros propios gobernantes.

La civilización consiste asimismo en hechos, y no se sabe que el instinto oscuro de las muchedumbres o los pueblos nativos se hayan opuesto nunca a su trasplante o a su germinación: ferrocarriles, telégrafos, escuelas, puentes, fábricas, alambrados, siembras, todo ha nacido o venido del Plata con nuestro auspicio, con nuestro aplauso, con nuestra colaboración. ¿Obra del extranjero? ¡Mentira! Mentira feliz que hasta hace poco prosperaba al favor de nuestra indiferencia, y que ya se comienza a rectificar. Obra de solidaridad internacional, en todo caso, y del mecanismo expansivo que tiene la civilización capitalista que hoy impera en el mundo. Por eso han venido los capitales europeos-que no hubieran venido sin nuestra garantía de orden y nuestro auspicio de progreso, condición de sus lucros. Por eso han venido también los brazos extranjeros, que no hubieran venido sin nuestra legislación y nuestros salarios, redención de su miseria. Obra de solidaridad humana, eso es, en todo caso, nuestro progreso.

¿Por qué negarnos lo que nos pertenece, o lo que ha de pertenecernos fatalmente con el transcurso del tiempo? ¿Creen estos nuevos “colonizadores” que van a vencer a la vida, que van a vencer a la muerte? Los *capitales* extranjeros que vienen a plantar industrias en la tierra del Plata, vuelven pronto a sus arcas originarias, compensadas por pingues dividendos, y lo que de ellos aquí se radica, torna al cabo en ser “argentino” por

grecolatinas; en todo caso. Ideas cristianas o budistas más bien. Ideas humanas, en realidad. No tienen patria la luz expansiva ni el sonido vibrante. Dhyanes de redención humana sobre la angustiosa tierra eso son las ideas. ¡No luchéis contra nuestra raza enemigos! ¡No os obstinéis contra nuestra vida, extranjeros! ¡Todo ha de ser argentino sobre la tierra argentina!

## XXIX - Para los soñadores de una fraternidad bárbara

No es algo nunca visto lo que en este libro de meditaciones y de evocaciones anuncio. La historia que es experiencia humana, recuérdanos que ha de realizar aquí la tierra eso que realizó ya con los hombres en otras partes del globo, y aun aquí mismo. El fenómeno de inmigración no es nuevo en América, ni exclusivo de este continente. Aseméjase por él nuestra historia, a la de todos los pueblos, diferenciase de éstos por la diversidad de nuestros caracteres telúricos, y de los hombres e ideas extranjeras asimiladas o regeneradas por la tierra del Plata.

España, por ejemplo, fue asiento de colonias fenicias, de colonias cartaginesas, de colonias griegas, de colonias romanas, de colonias árabes; pero cuando el pueblo castellano fundó su nacionalidad, fue porque el ambiente de las tierras ibéricas había creado un tipo y una civilización locales, con celtas, iberos, latinos,

someterse a Roma; muda, bajo la dominación imperial, idioma, religión, traje y gobierno; mestizase, caído el imperio con los pueblos francos que la invaden y de todo eso brota la Francia ruda de Luís XI y de Rabelais, cuyas modificaciones ulteriores fueron espirituales y lentas, como obra del progreso y la educación.

Y vosotros italianos de hoy que os creéis descendientes directos de los etruscos cuyas Joyas y vasos magníficos yacen en las entrañas de la península itálica, vosotros descendéis de egipcios, de griegos, de árabes, de fenicios, de berberiscos, de españoles, de galos, de judíos, de francos, de godos, de longobardos -todas gentes que nacieron fuera de Italia, y que vinieron, en son de guerra o en demanda de hogar, a crear vuestro verdadero abolengo, a crear la nueva raza de Italia.

Al igual de esas tierras, las Indias recibieron durante tres siglos al colonizador castellano y crearon, mezclándose con el indio, el criollo del siglo XIX; como antes habían recibido al invasor que venía del Asia misteriosa o de la Atlántida sumergida, y creado, mezclándole o no con su primer autóctono, el indio, inca o azteca, del siglo XVI, que los españoles del descubrimiento encontraron.

Renuncien, pues, los extranjeros de la inmigración a torcer esa ley de la vida en el planeta, fundamento de razas y de patrias. Renuncien igualmente a ello los anunciadores de una fraternidad materialista que no sería sino la convivencia de hombres heterogéneos en una sorda hostilidad babélica. Pónganse unos y otros del lado de esta fórmula nueva y racional, revelada por la historia fórmula que es indianismo cuando mira a la tierra y a la

soportaron, o como la que España realizó en América, colectivas y armadas, o las mas remotas inmigraciones tibetanas y atlánticas en los siglos precolombinos. Este nuevo período de inmigración, siendo pacífico, se diferencia también del otro de la conquista, en que será susceptible de direcciones intelectuales. Los que nos mantenemos fieles a la tradición sin cristalizarnos en ella, podremos imponer el cauce a las nuevas corrientes espirituales v humanas. Para ello era necesario establecer la verdad histórica, rehacer en el pueblo argentino la conciencia de su territorio, o sea restaurar en el Blasón de Plata de nuestra raza los cuarteles desdorados de su tradición y el esplendor de sus emblemas heráldicos. He ahí el esfuerzo de emoción patriótica v de idealismo humano que representa este libro. .

Venid, todos, pues, a colaborar en nuestra causa de cultura, porque está próximo el día en que, sobre el suelo argentino, el inglés no sea un inglés, ni el francés un francés, ni el italiano un italiano, ni el alemán un alemán, ni el judío un judío, ni el árabe un árabe. Próximos están los días de esa magna pascua indiana, en que desde el Plata a los Andes, bajo el sol de los Incas, una nueva estirpe del Sol se proclame "argentina" por la sangre o por el ideal.

Aprended todos, inmigrantes nostálgicos que recordáis a la patria lejana; cónsules que les defendéis hasta creerles con privilegios; reyes que tendéis sobre el mar, por la lente falaz de vuestros ojos azules, la mirada atávica de los antepasados conquistadores y rapaces: -aprended, todos, que comienza a ser una realidad el anuncio de "la nueva y gloriosa nación" que el verso del



vibración y en idea-, ha llegado para la juventud de nuestra América. El triunfo del cosmopolitismo y del individualismo no puede ser sino un retardo para la civilización. Nada nuevo nos han traído, que, si fuese bueno, no estuviese ya, como historia o como profecía, simbolizado en los emblemas del Blasón que restauro. Forma visible de todo ello es nuestro escudo cívico, donde las manos entrelazadas de la fraternidad sostienen el gorro frigio de la libertad, sobre una línea recta de igualdad, divisoria del campo ovalado, cuya círculo es de justicia y todavía tiene símbolos de paz en los olivos, símbolos de gloria en los laureles, símbolos de fuerza en las armas, símbolos de nuestra propia vida en el dorado sol naciente.

### XXX – El estandarte mundial del hombre libre

Nuestra historia de cinco siglos no se hubiera realizado, sin esa tierra legendaria que tentó al conquistador, que asimiló al inmigrante de otras épocas, que caracterizó a su descendiente, que le alió al aborigen en la unidad de un pueblo, y que hizo el alma argentina valiente, generosa, altiva y optimista.

La tierra indiana ha sido nuestra cuna y nuestro Blasón; la tradición argentina encuentra en ella su origen y su continuidad: se bautiza en las aguas natales de nuestro río, se nutre en el limo

permanente, absoluta, sagrada: es el misterio mismo de la tierra donde nacemos sin haberla elegido, donde vivimos sin alcanzar la dicha, donde morimos sin revelar su misterio. No hay en las naciones feudales una semejante, porque todas están enrojecidas en la sangre de antiguos crímenes, o ennegrecidas en la sombra de inconfesables horrores, o tatuadas por la heráldica de la violencia, de la ignorancia o el error. No lleva la nuestra sobre su paño las estilizadas lises del privilegio; ni la cándida media luna del fanatismo; ni las monstruosas águilas de la fuerza. Apenas si es azul, junto a la banda blanca donde fulgura en oro el sol de Dios, único emblema de su seda.

Cuando el día de su juramento, en Jujuy y en el Salado del Norte, la hueste patria la vió ondear al aire por la primera vez, creyóla una flotante nébula nacida de las riberas australes, dorada en medio por un campo de sol, y azulada en los bordes por un reflejo de los cielos. Así fué como, por el alma serena del inventor, la entraña de la patria, idealizándose en el vaho de las aguas epónimas, se convirtió en bandera.

Hálitos de la tierra, cuna y sepulcro del hombre, han formado ese lábaro. Todo es noble y eterno en su símbolo. Nuestro suelo argentino, nuestro suelo de plata, como el blasón congénere, está en el blanco heráldico de su paño - el metal que en la ciencia de los armoriales simboliza pureza y paz.

Nuestro cielo infinito y nuevo como una esperanza, donde brillan las pléyades germinadoras y la cruz del Sud fraterna, trasúntase en el azul celeste, cuyo color es un emblema de

tra bandera. Alzad divisas rojas en Europa, divisas de púrpura igualitaria, de sangre vengadora, de fuego purificador. Alzadlas allí, obreros que no podéis hacer flamear en el asta de vuestras ágoras el trapo negro, o amarillo, o verde de las divisas feudales: la bandera del Sultán, la bandera del Emperador, la bandera del Papa. Esta blanca y azul es la bandera de una Revolución, es la bandera de un pueblo. El trapo rojo, en cambio, ha sido en América la enseña del crimen, del despotismo y de la barbarie. Esa blanca y azul debe ser la de nuestra justicia.

¿A qué elevar tampoco, en abigarrado ornamento, lábaros en otras patrias junto a ella? Hombres de la inmigración que exornáis con la extraña vuestros palacios: ¿No comprendéis que al abandonar vuestras patrias, murieron ellas en vosotros, como el árbol deja de estar en la hoja que cae? ¿No sentís que, como la hoja desprendida abona el suelo donde rueda, vosotros vais a fecundar la tierra que os recibe? ¿No sabéis que cuando la patria deja de estar en la tierra donde hemos nacido, se halla en la tierra donde vamos a morir, porque ésta guarda el reposo, la eternidad, el destino, lo que no hallasteis en vuestra cuna? ¿Por qué rechazar la sombra de esta bandera celeste y blanca, símbolo de la tierra y de la vida? ¿Ignoráis que en su banda de plata, negáis el suelo donde se asienta vuestra casa; y en su banda de azur, el aire donde respira vuestro pecho; y en su sol apolíneo, las armonías de la justicia, de la verdad y del arte?

Venid, pues, hacia la columna de los hombres de Mayo; venid hacia la columna de los viejos hombres color de tierra, de madera y



## I - DESDE EUROPA

De cómo por qué en el alma paladinesca de los Conquistadores floreció nuestra leyenda de Plata

## II - MITOS Y QUIMERAS

De qué varias maneras los cosmógrafos y soldados del Rey describían, en Castilla y las Indias, el Río maravilloso

## III - ARGENTINOS

De cómo la influencia epónima de este mito fluvial llegó a más apartadas y frías comarcas

## IV - CUYO A LA ARGENTINA

En que se trata de por qué, cuándo y cómo los pueblos montañoses de Cuyo, atraídos por el Plata, se disgregaron del Reino de Chile

## V - LA LEYENDA DE LOS CÉSARES

Donde se habla de la misteriosa Patagonia y de la venturosa Ciudad de los Césares que en ella florecía

## VI - SOLIDARIDAD GEOGRÁFICA - FALKNER

De cómo se amojonó, sobre las comarcas más remotas, el hospitalario hogar de los hijos del Plata.

## VII - CALCHAQUÍES - TUCUNMANA

Del Tucumán, y de la embajada que enviaron al Inca Viracocha, y del primer gobernador castellano que llegó al Plata

## VIII - RECONSTRUCCIÓN DE LAS TRIBUS

Donde se nombra a los aborígenes argentinos y se señala la dificultad de

Duche, que el autor interpreta como un rito de la fraternidad

## XII - HOSPITALIDAD INDÍGENA – NEFITAS Y LAMANITAS - DILUVIO

Donde se cuenta la hospitalidad con que los primitivos dueños de las tierras del Plata recibían a los navegantes

## XIII - ¿DEBILIDAD INDÍGENA O PROFECÍAS FUERTES?

Que recuerda la funesta profecía del .Rey Nezahualcoyotl, en Tezcucó, y el presagio de la Luna, en el Cuzco, bajo el reinado de Huayna Capac

## XIV - ¿CONQUISTADORES O CONQUISTADOS?

De cómo, cumplidos los presagios, el aborígen indígenizara el alma del Conquistador, y éste hispanizara el gobierno local

## XV - AMOR, RELIGIÓN Y MUERTE

De cómo el espíritu de las tierras argentinas pasaba al hijo del hombre blanco en la carne terrena de las madres indias

## XVI - APOLOGÍA DEL ESPAÑOL LLEGADO A ESTAS TIERRAS

Donde se traza, con palabra oportuna, una silueta del antepasado Conquistador en heroica rebusca de Trapalandas y Quiviras

## XVII - INSTINTO HEROICO EN DEFENSA DE LA PATRIA INDIANA

En que se evoca la rebelión de las tierras del Plata contra sus opresores extranjeros, y se describe la muerte simbólica del cacique Oberá

## XVIII - ORIGEN NOBLE NO DESEADO

En que se reivindica la memoria de los indios muertos y se dice lo que de

De cómo el hijo indiano de los blancos extranjeros -flor de hidalguía y de valor- fundió con un ideal toda esa hueste de almas

## XXII - PARA LOS QUE MIRAN PA'FUERA ES HORA DE MIRAR PA'DENTRO

Donde se explica por el indianismo lo que en los hombres de la nueva estirpe llamada americana, o criolla, había de común

## XXIII - LA CONSTITUCIÓN ESPIRITUAL DE LA ARGENTINA

De cómo el Grito de Mayo y la emancipación, nuestra mayor hazaña, no fué sino una reconquista del espíritu indio sobre su territorio

## XXIV - EL HIMNO

Donde se hace un comentario de nuestro, Himno Patrio, considerándolo como expresión de esa fuerza emancipadora

## XXV - LA PROCLAMA DE CASTELLI EN TIAHUANACO

De la escena en que el Representante de la Junta del Plata, desde las ruinas incaicas de Tiahuanaco, proclamó la unidad histórica y territorial de los pueblos indianos

## XXVI - UNA TIERRA PARA TODOS LOS HOMBRES LIBRES

De cómo el Preámbulo de nuestra Constitución integró aquel voto de Soberanía y de Igualdad con una promesa de Justicia

## XXVII - NUESTROS ERRORES

Donde se afirma que los herederos de la gloria del Plata no hemos consumado aún la obra de la emancipación

Donde se anuncia por una alegoría de nuestra Bandera la victoria definitiva de los hijos del Plata

